

LA EVITABLE ASCENSIÓN
DE ARTURO UI

(Der aufhaltsame Aufstieg des Arturo Ui)

PARÁBOLA ESCÉNICA

Colaboradora: M. STEFFIN

PERSONAJES

EL PRESENTADOR
FLAKE, CARUTHER, BUTCHER, MULBERRY, CLARK:
hombres de negocios, directivos del Trust de la Coliflor
SHEET, *armador*
EL VIEJO DOGSBOROUGH
EL JOVEN DOGSBOROUGH
ARTURO UI, *jefe de los gánsteres*
ERNESTO ROMA, *su lugarteniente*
EMANUELE GIRI, *gángster*
GIUSEPPE GIVOLÀ, *florista y gángster*
TED RAGG, *reportero del «Star»*
DOCKDAISY
BOWL, *apoderado de Sheet*
GOODWILL y GAFFLES, *dos funcionarios del municipio*
O'CASEY, *encargado de una investigación*
UN ACTOR
HOOK, *comerciante de verduras al por mayor*
EL ACUSADO FISH
EL DEFENSOR
EL JUEZ
EL MÉDICO
EL FISCAL
UNA MUJER
EL JOVEN INNA, *confidente de Roma*
UN HOMBRECILLO
IGNATIUS DULLFEET
BETTY DULLFEET, *su mujer*
CRIADOS *de Dogsborough*
GUARDAESPALDAS
PISTOLEROS
VERDULEROS DE CHICAGO Y DE CÍCERO
REPORTEROS

PRÓLOGO

(*Aparece ante el telón EL PRESENTADOR. Sobre el telón pueden verse grandes letreros: «Últimas noticias sobre el escándalo de los muelles» – «La lucha por el testamento y las confesiones del viejo Dogsborough» – «Golpe de efecto en el gran proceso del incendio de los almacenes» – «El gángster Ernesto Roma, asesinado por sus amigos» – «Chantaje y asesinato de Ignatius Dullfeet» – «La ciudad de Cícero en manos de los gánsteres». Detrás del telón, música ramplona.*)

EL PRESENTADOR.—Respetable público, les presentamos
—¡Eh, los del fondo, a ver si nos llamamos
—¡Y siéntese de una vez, señorita...!
Una historia de gánsteres nunca escrita.
Así conocerán, por vez primera,
De los muelles la historia verdadera.
Sabrán también, si prestan atención,
Qué fue de un testamento y confesión.
¡La ascensión de Arturo Ui, mientras que todo bajaba!
¡El juicio del incendio, en el que nada encajaba!
¡La muerte de Dullfeet! ¡La justicia que entra en coma!
¡Los gánsteres en su salsa y el fin de Ernesto Roma!
Y para concluir, la última maldad:
¡Los gánsteres que dominan la ciudad!
Aquí verán, muy bien representados,
Los gánsteres más famosos, los más acreditados.
Verán a los que han muerto y a los supervivientes,
A gánsteres ya pasados y a gánsteres aún presentes.
Verán bandidos natos y a otros que se hicieron,
Como este viejo Dogsborough, al que gángster volvieron.

(*Aparece ante el telón el viejo DOGSBOROUGH.*)

El alma tiene negra aunque el pelo sea cano.
¡Saluda al respetable, degenerado anciano!

(*El viejo DOGSBOROUGH se retira, tras hacer una reverencia.*)

Verán entre nosotros —ahí lo tienen ya—

(*Aparece ante el telón GIVOLÀ*).

Al vendedor de flores Giuseppe Givolà.
Con sus gestos suaves y esa boca untuosa
En lugar de una orquídea os vende cualquier cosa.
Antes se coge, dicen, a un mentiroso que a un cojo:
¡Observen cómo anda, aunque sea de reojo!

(*GIVOLÀ se retira cojeando*).

¡Y ahora Emanuele Giri, que es todo un payaso!
¡A ver si sales, hombre, que nunca me haces caso!

(*Aparece ante el telón EMANUELE GIRI, que saluda con la mano*).

¡Es uno de los grandes asesinos de la Historia!
¡Vete ya!

(*GIRI se retira ofendido*).

¡Y la mayor atracción que guarda la memoria!
¡El gánster de los gánsteres! ¡El malvado
Arturo Ui! Que el Cielo nos ha enviado
Para que paguemos por nuestras fechorías,
Delitos, pecados, y simples tonterías!

(*Aparece ante el telón UI, que recorre el escenario*).

¡No les recuerda acaso a... Ricardo III?
Desde el tiempo de la Guerra de las Rosas
No se habían visto nunca tales cosas,
Ni un desastre tan total y verdadero.
Respetable público, teniendo en cuenta la ocasión,
Se ha resuelto, por esta Dirección,
No reparar en gastos, ni tratar de ahorrar,
Y esta historia a lo grande interpretar.
Sin embargo, todo fue absolutamente cierto
Y lo que van a ver ahora no está muerto.
No hay nada fabricado, ni nada se ha inventado,
No hay nada que haya sido cortado o arreglado.
Lo que hoy aquí mostramos, es algo conocido:
¡Una historia de gánsteres, tal como la hemos vivido!

(*Mientras la música aumenta de volumen y se le une el crepitar
de una metralleta, EL PRESENTADOR se retira apresuradamente*).

1

a)

(*En el barrio comercial. Entran CINCO HOMBRES DE NEGOCIOS,
directivos del Trust de la Coliflor*).

FLAKE.—¡Malditos tiempos!

CLARK.—Es como si Chicago,

Esa buena criada vieja, saliera
A comprar leche, de mañana, y, encontrándose
Un agujero en el bolsillo, buscara
Por la calle sus monedas.

CARUTHER.—Este jueves

Ted Moon nos ha invitado, a más de ochenta,
A comernos el domingo unos pichones. Si realmente
Fuéramos, creo que encontraríamos sólo
A un subastador. Ese tránsito siniestro
Del lujo a la miseria es hoy más rápido
Que lo que tardan en palidecer algunos. Todavía
Navegan hacia Chicago las flotas de verdura
De los cinco lagos, pero ya no se encuentran
Compradores.

BUTCHER.—¡Es como si se hiciera
De noche en pleno día!

MULBERRY.—¡Clive y Robber
Han sido subastados!

CLARK.—¡La Wheeler,

Importadora de frutas de siempre, en bancarrota!

FLAKE.—¡Las cocheras de Dick Havelock, liquidadas!

CARUTHER.—¿Y dónde está Sheet?

FLAKE.—No ha podido venir, no tiene tiempo.

Anda corriendo de banco en banco.

CLARK.—¿Cómo? ¿También Sheet? (*Pausa*).

En resumen: que en la ciudad se ha acabado
El negocio de la coliflor.

BUTCHER.—Bueno, señores,

¡Ánimo! ¡Quién no está muerto, vive todavía!

MULBERRY.—No estar muerto no es lo mismo que vivir.

BUTCHER.—¿Por qué tan negro?

El comercio de alimentos está, en el fondo,
Sano. ¡Hay que dar de comer a esta ciudad
De cuatro millones! Con crisis o sin crisis,
La ciudad necesita verdura fresca, ¡y nosotros se la damos!

CARUTHER.—¿Cómo van los verduleros?

MULBERRY.—Van fatal.

¡La gente compra medio repollo

Y lo quiere cargar a cuenta!

CLARK.—La coliflor se nos pudre.

FLAKE.—Por cierto, ahí fuera está esperando un tipo

—Lo digo porque es curioso— un tipo llamado Ui...

CLARK.—¿El gángster?

FLAKE.—En persona. Ése huele la carroña

E intenta enseguida hacer negocio.

Su lugarteniente, Ernesto Roma, dice

Que podría convencer a los verduleros

De que comprar la coliflor a otros en lugar

De al Trust puede ser malsano. Promete

Duplicar las ventas porque, en su opinión,

Los comerciantes prefieren todavía

Comprar coliflores y no ataúdes.

(Se ríen de mala gana).

CARUTHER.—¡Qué desvergüenza!

MULBERRY.—*(Riéndose a carcajadas).*

¡Metralletas y bombas de mano! ¡Ideas nuevas

Para vender más! ¡Por fin entraría sangre fresca

En el negocio de la coliflor! Se ha corrido la voz

De que dormimos mal... ¡Y el señor Arturo Ui

Se apresura a ofrecernos sus servicios!

Bueno, habrá que optar entre él

Y el Ejército de Salvación. ¿Dónde es mejor la sopa?

CLARK.—Creo que es más caliente la de Ui.

CARUTHER.—¡Echadlo!

MULBERRY.—¡Pero con suavidad! ¡Quién sabe

Lo que el futuro nos puede deparar!

(Se ríen).

FLAKE.—*(A BUTCHER).* ¿Qué pasa

Con Dogsborough y el préstamo municipal?

(A los otros). Butcher y yo hemos tramado algo

Para vencer este tiempo muerto

De falta de liquidez. Nuestra idea, esencialmente,

Es clara y muy sencilla: ¿por qué la ciudad,

A la que pagamos impuestos, no nos saca de esta mierda

Con un préstamo, por ejemplo para construir muelles

Y llevar verduras más baratas al mercado?

El viejo Dogsborough, con su influencia

Puede arreglárnoslo. ¿Qué dice Dogsborough?

BUTCHER.—Se niega a hacer nada parecido en ese asunto.

FLAKE.—¿Se niega? Maldita sea, es el primero de la lista electoral

En este barrio ¿y no va a hacer nada por nosotros?

CARUTHER.—¿Desde años alimento su fondo electoral!

MULBERRY.—¡Pero diablos, si era cantinero en la Sheet!

Antes de que entrara en política, comía

Nuestro pan. ¡Qué ingratitud! ¡Flake!

¿Qué te decía? ¡Ya no hay honradez!

¡No sólo hay falta de dinero! ¡Hay falta de honradez!

Escapan blasfemando del barco que se hunde

El amigo es enemigo, y el criado no lo es ya.

Y nuestro viejo y sonriente cantinero

Nos vuelve ahora la espalda.

Ay, moral, ¿dónde estás en tiempos de crisis?

CARUTHER.—¡Nunca lo hubiera creído de Dogsborough!

FLAKE.—¿Y qué excusa da?

BUTCHER.—Dice que el asunto huele mal.

FLAKE.—¿Que huele mal? Construir muelles

No huele mal. ¡Y significa trabajo

Y pan para muchos!

BUTCHER.—Él dice que duda

De que los construyamos.

FLAKE.—¡Qué desvergüenza!

BUTCHER.—¿Que no los construyamos?

FLAKE.—No, ¡que lo ponga en duda!

CLARK.—Entonces buscad a otro que pelee

Por el préstamo.

MULBERRY.—¡Hay otros!

BUTCHER.—Los hay.

Pero ninguno como Dogsborough. ¡Creedme!

Ese hombre vale.

CLARK.—¿Para qué?

BUTCHER.—Es honrado.

Y lo que es más: se sabe que es honrado.

FLAKE.—¡Tonterías!

BUTCHER.—Está claro que él piensa en su buen nombre!

FLAKE.—¿Claro?

Necesitamos un préstamo del municipio.

Su buen nombre es cosa suya.

BUTCHER.—¿Ah sí?

Yo creo que es cosa nuestra. Un préstamo

en el que no se hagan preguntas sólo puede

Conseguirlo un hombre honrado, al que no se atrevan
 A obligarle a presentar justificantes.
 Y ese hombre es Dogsborough. ¡Hay que tragárselo!
 El viejo Dogsborough es nuestro préstamo.
 ¿Por qué? Creen en él. Quien hace mucho
 Que no cree en Dios, cree aún en Dogsborough.
 El especulador empedernido, que no va
 A ver a su abogado sin llevar otro abogado, metería
 Hasta su último centavo en el abrigo de Dogsborough
 Si lo encontrara abandonado sobre un mostrador.
 ¡Cien kilos de honradez! ¡En los ochenta inviernos
 Que ha vivido, no se le conoce una flaqueza!
 Os lo aseguro: ese hombre vale lo que pesa en oro...
 Sobre todo si queremos construir muelles
 Y los queremos construir con calma.

FLAKE.—Está bien, Butcher, su peso en oro. Si está
 A favor de algo, ese algo acaba por hacerse.
 ¡Pero es que no está a favor de nuestro préstamo!

CLARK.—¡Él no! «¡La ciudad no es la sopa boba!».

MULBERRY.—«¡Todos para la ciudad y la ciudad para sí!».

CARUTHER.—¡Qué asco! No tiene humor.

MULBERRY.—Cambia de opinión
 Menos aún que de camisa. La ciudad
 No es para él algo de piedra y madera, donde la gente
 vive con la gente y se pelea
 por el alquiler o las patatas, sino algo de papel
 y Biblias. Nunca he podido soportarlo.

CLARK.—Ese hombre no fue nunca de los nuestros. ¡Qué
 Le importa a él la coliflor! ¡Y qué el transporte!
 Por él, podrían pudrirse las verduras
 Del mercado. ¡No movería un dedo! Diecinueve
 Años aceptando nuestro dinero para el fondo electoral.
 O quizá sean ya veinte... ¡Y en todo el tiempo
 Sólo ha visto las coliflores en el plato!
 ¡Jamás ha puesto el pie en un almacén!

BUTCHER.—Así es.

CLARK.—¡Qué se vaya al diablo!

BUTCHER.—¡Al diablo no!
 ¡Que venga a vernos con él!

FLAKE.—Clark ha dicho claramente
 Que ese hombre nos rechaza.

BUTCHER.—Pero ha dicho también
 Muy claramente por qué.

CLARK.—Ese hombre no cree en Dios.

BUTCHER.—¡Exacto! ¿Qué le falta? Le falta saber. Dogsborough
 No sabe cómo se siente uno en nuestra piel.
 Por eso la cuestión es: ¿Cómo meter a Dogsborough
 en nuestro pellejo? ¿Qué debemos hacer?
 ¡Debemos enseñarle! Ese hombre da lástima.
 Tengo un pequeño plan. ¡Oíd lo que he pensado!

(*Aparece un letrero que recuerda determinados acontecimientos
 de un pasado reciente*¹).

b)

(*Delante de la Bolsa de productos agrícolas. FLAKE y SHEET dia-
 logan*).

SHEET.—He estado corriendo de Poncio a Pilatos.
 Poncio estaba de viaje, Pilatos, en el baño.
 ¡Todos los amigos te dan ahora la espalda!
 Un hermano, para ir a ver a su hermano,
 Se compra unas botas usadas
 Por temor a un sablazo. Los antiguos socios
 Se temen tanto que, en público,
 Se hablan con nombres falsos.
 La ciudad entera se cose los bolsillos.

FLAKE.—¿Y qué pasa con mi propuesta?

SHEET.—¿Que venda?
 No pienso hacerlo. ¡Queréis que os den de comer
 Sólo por la propina, y encima que os den las gracias!
 Lo que pienso de vosotros, más vale que me lo calle.

FLAKE.—Nadie te dará más.

SHEET.—Y mis amigos
 Menos que nadie, lo sé.

FLAKE.—El dinero anda caro ahora.

SHEET.—Y más caro aún
 Cuando hace falta. Y nadie mejor que los amigos
 Sabe qué le hace falta a uno.

FLAKE.—No podrás
 Mantener tu compañía naviera.

SHEET.—Y tú sabes
 Que tengo una mujer también, a la que quizá
 Tampoco pueda mantener.

FLAKE.—Si vendieras...

SHEET.—... aguantaría un año más. Pero me gustaría
 Saber por qué queréis mi naviera.

FLAKE.—¿No has pensado
Que el Trust podría querer ayudarte?

SHEET.—No se me había ocurrido.
¿Dónde tendré la cabeza? ¡No haberseme ocurrido
Que podrías querer ayudarme en lugar de
Quitarme todo lo que tengo!

FLAKE.—Esa rabia
Contra todos no te ayudará a salir del pozo.

SHEET.—¡Al menos no ayudará al pozo, mi querido Flake!

(Cruzan lentamente tres hombres: el gángster ARTURO UI, su lugarteniente ERNESTO ROMA y UN GUARDAESPALDAS. Al pasar, UI mira a FLAKE con insistencia, como si esperara que le hablase, y ROMA, al salir, se vuelve hacia FLAKE con gesto torvo).

SHEET.—¿Quién es?

FLAKE.—Arturo Ui, el gángster... Entonces,
¿Y si vendieras?

SHEET.—Parecía querer
Hablarle.

FLAKE.—*(Sonriendo irritado)*. Seguro. Nos persigue
Ofreciéndonos vender las coliflores
Pistola en mano. Tipos
Como ese Ui hay ahora muchos..
Invaden la ciudad como una lepra
Que devora dedos, brazos y espaldas.
De dónde viene nunca se sabe. Se supone
Que de algún profundo agujero. Esos atracos,
Secuestros, chantajes, amenazas y matanzas,
Esos «¡manos arriba!» y «¡sálvese quien pueda!»...
Habría que cauterizarlos con un hierro al rojo..

SHEET.—*(Mirándolo penetrantemente)*.
Y deprisa. Son contagiosos.

FLAKE.—¿Y si vendieras?

SHEET.—*(Retrocediendo y contemplándolo)*. Sí, la verdad es
Que tienes cierto parecido. Quiero decir con esos
Que acaban de pasar. No muy marcado
Pero existe, más que se ve se adivina.
En el fondo de un estanque se ven a veces ramas
Verdes y viscosas, podrían ser serpientes,
Pero son sin duda ramas, ¿o quizá no? Sí,
También tú te pareces a ese Roma, no te enfades.
Después de verlo a él y verte a ti, me parece
Haber notado antes algo semejante,

Pero sin darme mucha cuenta y no sólo en tu caso.
Dilo otra vez: «¿Y si vendieras?».
La voz también, yo creo... Pero no, di mejor:
«¡Manos arriba!». Porque eso es lo que tú quieres decir.

(Levanta las manos).

Ya están arriba, Flake. ¡Llévate la naviera!
¡Y dame por ella una o dos patadas! Dos, que son más.

FLAKE.—¡Estás loco!

SHEET.—¡Ojalá lo estuviera!

2

(Trastienda del restaurante de DOGSBOROUGH. Éste y SU HIJO están lavando vasos. Entran BUTCHER y FLAKE).

DOGSBOROUGH.—Venís en balde. ¡No lo haré! Vuestra propuesta
Huele mal, ¡pesta a pescado podrido!

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—Mi padre la rechaza.

BUTCHER.—¡Olvidalo, viejo!

Te lo hemos preguntado. Pero si dices que no, pues no.

DOGSBOROUGH.—Huele mal. Conozco esas historias de los muelles.

No, no quiero hacerlo.

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—No quiere hacerlo.

BUTCHER.—Bueno, olvidalo.

DOGSBOROUGH.—No me gusta tropezarme con vosotros. La ciudad

No es un plato de sopa en que cualquiera

Pueda meter la cuchara. Maldita sea, vuestro

Negocio va muy bien.

BUTCHER.—¿Qué te decía, Flake?

Lo veis todo demasiado negro.

DOGSBOROUGH.—Y verlo todo negro es una traición.

Vosotros mismos os perjudicáis, muchachos.

Pero bueno, ¿qué vendéis? Coliflores. Son tan
buenas como la carne o el pan. Y el hombre necesita
Pan, carne y verdura. Si diera filetes sin cebolla

O cordero sin sus habas... ¡no volvería a ver

A mi cliente! De momento, cualquiera anda

Corto de fondos. Y se lo piensa

Antes de comprarse un traje nuevo.

Sin embargo, no es de temer que esta ciudad,

Más sana que nunca, no tenga para verdura
Diez centavos. ¡Ánimo, muchachos!

FLAKE.—Nos hace bien escucharte, Dogsborough.

Nos da valor para luchar.

BUTCHER.—Encuentro casi cómico

Que te encontremos, Dogsborough, seguro
y confiado en lo que afecta a la coliflor.

Porque, francamente, no hemos venido sin intención.

No, no con aquélla, viejo, eso se acabó.

No tengas miedo. Se trata de algo mejor.

Al menos, eso esperamos. Dogsborough,

El Trust se ha dado cuenta de que precisamente ahora,

En junio, se cumplen veinte años

Desde que tú, a quien durante una generación conocimos

Como cantinero de una de nuestras empresas,

Nos dejaste para dedicarte al bien de la ciudad.

Esta ciudad, sin ti, no sería lo que es hoy.

E, igual que la ciudad, el Trust de la Coliflor

Tampoco lo que hoy es. Me alegro de que digas

Que en el fondo está muy sano. Porque ayer

Decidimos ofrecerte, con tan solemne motivo,

Digamos que como prueba de nuestra muy alta estima

Y porque en el fondo nos sentimos todavía

Unidos de algún modo a ti,

La mayoría de las acciones de la naviera Sheet

Por sólo unos veinte mil dólares.

Lo que no es ni la mitad de su valor.

(Deja un paquete de acciones sobre la mesa).

DOGSBOROUGH.—¿Qué significa esto, Butcher?

BUTCHER.—Francamente, Dogsborough:

El Trust de la Coliflor no cuenta con almas

Especialmente sensibles entre sus miembros, pero

Cuando ayer supimos tu respuesta a nuestra,

Bueno, nuestra tonta petición de un préstamo,

una respuesta honrada y sincera, sin miramientos,

Propia del viejo Dogsborough que conocimos,

A algunos de nosotros, y me cuesta decirlo,

Se nos llenaron los ojos de lágrimas. «Vaya», dijo uno

—tranquilo, Flake, no diré quién—

«¡La hemos hecho buena!». Entonces

Hubo un pequeño silencio, Dogsborough.

Y surgió la propuesta, de forma natural.

DOGSBOROUGH.—Butcher y Flake; ¿qué hay detrás de todo esto?

BUTCHER.—¿Qué

Va a haber detrás? ¡Es una propuesta!

FLAKE.—Y nos complace hacerla. Aquí

Estás tú, símbolo del ciudadano honrado,

Un hombre poderoso y un nombre proverbial.

En tu taberna no lavas sólo vasos, sino

Almas también. Y sin embargo no eres más rico

Que cualquiera de tus clientes. Conmoverdor.

DOGSBOROUGH.—No sé qué decir.

BUTCHER.—No digas nada

¡Coge ese paquete! Porque un hombre honrado

Puede necesitarlo, ¿no? Maldita sea, ¡el vagón de oro

No pasa a menudo por el camino honrado!

No, y este hijo tuyo... Dicen que un buen nombre

vale más que una cuenta bancaria.

Pero bueno, él no lo despreciará. ¡Cógelo!

¡Y espero que esta vez no nos eches un rapapolvos!

DOGSBOROUGH.—¡La naviera de Sheet!

FLAKE.—Puedes verla desde aquí.

DOGSBOROUGH.—*(Junto a la ventana)*. Veinte años llevo viéndola.

FLAKE.—Eso es lo que pensamos.

DOGSBOROUGH.—¿Y qué hará Sheet?

FLAKE.—Se dedicará al negocio de la cerveza.

BUTCHER.—¿Hecho entonces?

DOGSBOROUGH.—Bueno, todo eso está muy bien

Y todas esas protestas vuestras, pero

No se dan barcos por nada.

FLAKE.—Algo hay de eso.

Podría ser también que los veinte mil dólares

Nos vinieran muy bien, ahora que lo del préstamo

Ha fracasado.

BUTCHER.—Y además nos gustaría poder

Ofrecer nuestras acciones en el mercado...

DOGSBOROUGH.—Eso suena mejor, no sería mal trato.

Si es que no está sujeto a algunas

Condiciones especiales...

FLAKE.—A ninguna.

DOGSBOROUGH.—¿Decís que veinte mil?

FLAKE.—¿Es demasiado?

DOGSBOROUGH.—No, no. Sería la misma naviera

En la que fui un simple cantinero. Si

No hay gato encerrado...

¿Habéis renunciado de verdad al préstamo?

FLAKE.—Del todo.

DOGSBOROUGH.—Quisiera pensármelo. ¿Qué te parece, hijo?

¡A ti te vendría bien! Yo creía que estabais

Molestos. ¡Y ahora me hacéis una oferta así!

Ya ves, chico, la honradez tiene a veces

Su recompensa. Y es como decís vosotros: el chico

No tendrá, cuando yo falte, más que un buen nombre

Que heredar, ¡y he visto hacer tantas cosas malas

A consecuencia de la necesidad!

BUTCHER.—Nos quitarías un peso

Si aceptaras. Porque se nos quitaría también el mal sabor,

¡Ya sabes, de esa estúpida propuesta! Y en el futuro

Podríamos contar con tus consejos sobre cómo

Superar en el negocio, de forma recta y honrada

Estos malos tiempos, ya que entonces

Se trataría también de tu negocio, Dogsborough,

Y tú serías uno de los hombres de la coliflor, ¿verdad?

(DOGSBOROUGH le estrecha la mano).

DOGSBOROUGH.—Butcher y Flake, acepto.

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—Mi padre acepta.

(Aparece un cartel).

3

(Oficina de apuestas de la calle 122. ARTURO UI y su lugarteniente ERNESTO ROMA, acompañados de sus GUARDAESPALDAS, escuchan la retransmisión de las carreras. Al lado de ROMA, DOCKDAISY).

ROMA.—Quisiera, Arturo, que te libraras

De ese humor negro y melancólico

Y de esos sueños inútiles de los que habla

La ciudad entera.

UI.—(Amargado). ¿Quién habla? Nadie habla ya de mí

La ciudad no tiene memoria. Qué poco dura

La fama. Dos meses sin un mal asesinato,

Y se olvidan de ti. (Hojea los periódicos). Si callan las metralletas, calla

La prensa. Ni cuando reivindicó un crimen

Puedo estar seguro de que escriban algo.

Porque no importan los hechos sino las influencias

Y éstas dependen de la cuenta bancaria.

Vamos, que hemos llegado a un punto en que a veces

Me dan ganas de tirar la toalla.

ROMA.—También

Entre los muchachos se empieza a notar penosamente

La falta de billetes. La moral anda por los suelos.

La ociosidad los corrompe. Un hombre

que no dispara más que a cartas de la baraja degenera.

Ya no entro a gusto en el cuartel general, Arturo.

Me dan pena. Quiero decirles: «Mañana empezaremos».

Y se me atraganta al ver sus ojos.

Tu plan para expoliar a los verduleros era

Tan bueno... ¿Por qué no comenzamos?

UI.—Todavía no. No por abajo. Es demasiado pronto.

ROMA.—¡«Demasiado pronto!»! ¡Muy bien! Desde que el Trust

Te rechazó, llevas cuatro meses ya

Rumiando. ¡Planes! ¡Planes! ¡Intentos

Sólo a medias! Esa visita al Trust te ha roto

El espinazo. ¡Y ese incidente sin importancia

Con los policías del Banco Harper

No lo has digerido todavía!

UI.—¡Pero si me dispararon!

ROMA.—¡Sólo al aire! Era ilegal.

UI.—Por un pelo,

Dos testigos menos y ahora estaría

En chirona. ¡Y qué jueces! ¡Ni el menor gesto

De simpatía!

ROMA.—Por unas cuantas verduras

No hay policía que dispare. Por un banco atracado sí.

Mira, Arturo, podemos empezar

Por la calle once: rompemos los escaparates,

Echamos petróleo en las coliflores, ¡el mobiliario

Hecho astillas! Y seguimos bajando así

Hasta la calle séptima. Uno

O dos días más tarde, Emanuele Giri,

Con un clavel en el ojal, entra en las tiendas

Y les ofrece protección. A cambio

De un un diez por ciento de las ventas.

UI.—No.

Primero necesito protección yo. Tengo que protegerme

De la policía y de los jueces antes

De proteger a los demás. Se empieza por arriba.

(Sombrio). Si no tengo al juez en el bolsillo

Porque él se guarda en el suyo algo mío,

No tengo derechos. Cualquier simple vigilante
Puede dejarme seco en un atraco a un banco.

ROMA.—Nos queda el plan de Givolà. Tiene buen olfato

Para la mierda, y si dice que el Trust
Huele «a podrido», algo debe de haber.

Ya hubo sus rumores cuando el Ayuntamiento,
Según dicen por recomendación de Dogsborough,
Concedió el préstamo. Desde entonces se murmuran
muchas cosas sobre algo que no se ha construido
Y que se hubiera debido construir.

Pero el viejo Dogsborough los apoyó

Y ¿por qué iba a estar de acuerdo

Ese viejo beato si el asunto oliera mal?

Ahí viene Ragg, el del *Star*. De esos asuntos

Nadie está más enterado que él. ¡Hola, Ted!

RAGG.—(Algo bebido). ¡Hola a todos! ¡Hola, Roma! ¡Hola, Ui!

¿Qué tal van las cosas por Capua?

Ui.—¿Qué quiere decir?

RAGG.—Bueno,

Nada de particular, Ui. Era un lugar pequeño

Donde un gran ejército degeneró. Por el ocio,

La buena vida y la falta de ejercicio.

Ui.—¡Maldito sea!

ROMA.—(A RAGG). ¡No os peleéis! ¡Ted, cuéntenos algo del préstamo

Del Trust de la Coliflor!

RAGG.—¿Y a vosotros, qué os importa?

¿Vendéis ahora coliflor? ¡Ah, ya sé! Seguro que queréis

También un préstamo de la ciudad. ¡Hablad con Dogsborough!

El viejo os lo conseguirá. (Imitando al viejo). «¿Debe sucumbir un sec-
tor comercial

Básicamente sano, aunque pasajera-mente

Amenazado por la crisis?». Todos los ojos

Se humedecen en el Ayuntamiento. Todos se identifican

Con la coliflor, como si fuera carne de su carne.

¡Pero ay, con la pistola nadie se identifica, Arturo!

(Los otros clientes se ríen).

ROMA.—No lo irrites, Ted. No está de buen humor.

RAGG.—Me lo puedo imaginar. Dicen que Givolà ha ido ya

A ver a Al Capone para pedirle trabajo.

DOCKDAISY.—(Muy borracha). ¡Mentira!

¡A Giuseppe no lo metas!

RAGG.—¡Dockdaisy!

¿Sigues siendo vicesposa del cojitranco Givolà?

(La presenta). ¡La cuarta vicesposa del tercer viceayudante

De una estrella (*Señala a Ui*) de segunda magnitud

Que rápidamente declina! ¡Ay, triste suerte!

DOCKDAISY.—¡Tapadle esa boca! ¡

RAGG.—¡La posteridad no teje guirnaldas a los gánsteres!

El pueblo, inconstante, busca

Nuevos héroes. Y el héroe de ayer

Se hunde en el olvido. Su orden de detención amarillea

En archivos polvorientos. «¿Acaso no fui yo quien os

Hizo esas heridas?». —«¿Cuándo?». —«¡Hace tiempo!». —«¡Ah, las
heridas

Son ya cicatrices!». ¡Y hasta la cicatriz más hermosa

Desaparece con quien la lleva!

—«Entonces, en un mundo en que las buenas obras

Tan desapercibidas pasan, ¿no queda siquiera

De las malas testimonio?». —«¡No!». —«¡Mundo corrupto!».

Ui.—(Ruge). ¡Cerradle esa boca!

(LOS GUARDAESPALDAS se aproximan a RAGG).

RAGG.—(Palideciendo). ¡Eh! ¡Nada de voces destempladas

Con la prensa, Ui!

(LOS CLIENTES se han puesto de pie alarmados).

ROMA.—(Empujando a RAGG hacia afuera). Vete a casa, Ted,

Ya has dicho bastante. ¡Deprisa!

RAGG.—(Sale reculando, muy asustado). ¡Hasta luego!

(El local se vacía rápidamente).

ROMA.—(A Ui). Estás nervioso, Arturo.

Ui.—Esos tipos

Me tratan a patadas.

ROMA.—El motivo es sólo

Tu largo silencio, nada más.

Ui.—(Sombrió). ¿Dónde se ha metido Giri

Con el apoderado del Trust de la Coliflor?

ROMA.—Dijo que a las tres vendrían.

Ui.—¿Y qué

Pasa con Givolà y Al Capone?

ROMA.—Nada. Al Capone sólo estuvo

En su floristería para comprar coronas.

Ui.—¿Coronas? ¿Para quién?

ROMA.—No sé. Para nosotros no.

UI.—No estoy tan seguro.

ROMA.—Hoy lo ves todo muy negro.

Nadie se ocupa de nosotros.

UI.—¡Exacto! Hasta a una mierda

La tratarían con más respeto. Givolà

Se irá corriendo al primer fracaso. ¡Pero te juro

Que yo le ajustaré las cuentas al primer éxito!

ROMA.—¡Giri!

(*Entra EMANUELE GIRI con BOWL, un individuo miserable.*)

GIRI.—¡Este es el hombre, jefe! (A BOWL). ¿Y tú eres
El apoderado de Sheet en el Trust de la Coliflor?

BOWL.—Lo era.

Era su apoderado, jefe. Hasta hace una semana.

En que ese cerdo...

GIRI.—Aborrece cuanto huele a coliflor.

BOWL.—Ese Dogsborough...

UI.—(*Rápidamente*). ¿Qué tenías tú que ver con Dogsborough?

GIRI.—Por eso lo he traído.

BOWL.—Ese Dogsborough

Me ha echado.

ROMA.—¿De la naviera Sheet?

BOWL.—De su propia naviera. Es suya, desde

Principios de septiembre.

ROMA.—¿Qué?

GIRI.—La naviera Sheet

Es de Dogsborough. Bowl estaba presente

Cuando Butcher mismo, del Trust de la Coliflor,

Dio al viejo el paquete de acciones.

UI.—¿Y entonces?

BOWL.—Es un escándalo...

GIRI.—¿Lo entiendes, jefe?

BOWL.—... que Dogsborough propusiera al Trust de la Coliflor

Para ese sabroso préstamo municipal...

GIRI.—Cuando, en secreto,

¡Él mismo era del Trust!

UI.—(*Que empieza a comprender*). Pero eso es corrupción.

¡Dios, también Dogsborough está lleno de mierda!

BOWL.—El préstamo fue al Trust, pero

Lo hicieron a través de la naviera. Es decir, de mí.

Y yo firmé por Dogsborough

Y no por Sheet, como podía parecer.

GIRI.—¡No digas que no es sensacional! ¡Ese Dogsborough!

¡Ese viejo estandarte enmohecido! ¡El probo

Y responsable estrechador de manos!

¡El anciano insobornable a toda prueba!

BOWL.—Me las va a pagar: echarme a mí

Por fraude, y él... ¡Qué cerdo!

ROMA.—¡Tranquilo!

Hay otros como tú a quienes les hierve

La sangre al oír ciertas cosas

¿Qué opinas tú, Ui?

UI.—(*Señalando a BOWL*). ¿Lo juraría?

GIRI.—Claro.

UI.—(*Con decisión*). ¡No lo perdáis de vista! ¡Ven, Roma! ¡Ahora

Sí que olfateo negocios!

(*Sale rápidamente, seguido de Ernesto ROMA y de LOS GUAR-
DAESPALDAS.*)

GIRI.—(*Dando una palmada en la espalda a BOWL*).

Bowl, creo que has puesto

En marcha un engranaje que...

BOWL.—Y en lo que a la pasta

Se refiere...

GIRI.—¡No te preocupes! Conozco al jefe.

(*Aparece un letrero.*)

4

(*Chalé de Dogsborough. DOGSBOROUGH y SU HIJO.*)

DOGSBOROUGH.—Nunca hubiera debido aceptar este chalé.

Dejar que me regalaran casi ese paquete de acciones

No sería delictivo...

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—De ningún modo.

DOGSBOROUGH.—Que yo

Interviniera en el préstamo, porque sabía

Por experiencia cómo un sector floreciente

Puede hundirse, tampoco era ilegal. Pero que,

Confundiendo en que la naviera rendiría,

Aceptara ya el chalé cuando propuse

El préstamo, actuando así, secretamente

En mi propio interés... ése fue el error.

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—Sí, padre.

DOGSBOROUGH.—Fue un error o puede ser

Considerado como tal. Hijo, nunca

Hubiera debido aceptar este chalé.

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—No.

DOGSBOROUGH.—Hemos caído en una trampa, hijo.

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—Sí, padre.

DOGSBOROUGH.—Esas acciones fueron como las galletitas

Saladas que el barman pone a sus clientes,

Gratis, en platitos, para que

Quitándose el hambre se mueran de sed.

(Pausa).

Esa interpelación municipal sobre los muelles

No me gusta. El crédito se ha gastado:

Cobró Clark, y Butcher cobró, cobraron Caruther y Flake

Y por desgracia cobré yo también... ¡Y todavía

No se ha comprado ni un saco de cemento! Lo único bueno

Es que, por deseo de Sheet, no di publicidad

Al asunto, de forma que nadie sabe

Que yo tengo algo que ver con la naviera.

EL CRIADO.—(Entrando). El señor Butcher, del Trust de la Coliflor, al aparato.

DOGSBOROUGH.—¡Hijo, ponte tú!

(EL JOVEN DOGSBOROUGH sale con EL CRIADO. Se oyen campanas a lo lejos).

¿Qué querrá Butcher? (Mirando por la ventana).

Fueron los álamos de esta casa los que

Me convencieron. Y la vista sobre el lago, que parece

De plata sin acuñar. Y el que no hubiera aquí

Ese olor agrio a cerveza rancia. También es bonito

Contemplar los abetos, sobre todo esas copas

De un gris verdoso. Polvoriento. Y los troncos

Del color de ese cuero que antes se empleaba

Para taponar toneles. Pero los álamos

Fueron lo decisivo. Sí, esos álamos. Hoy es

Domingo. Hum. Las campanas tañerían más dulcemente

Si en el mundo no hubiera tanta maldad.

¿Qué puede querer Butcher en domingo?

No hubiera debido aceptar este...

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—(Volviendo). Padre, Butcher dice

Que en el Ayuntamiento pidieron anoche

Que se investigara la situación de los muelles

Del Trust de la Coliflor. ¿Qué te pasa, padre?

DOGSBOROUGH.—¡Mi alcanfor!

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—(Dándosele). ¡Toma!

DOGSBOROUGH.—¿Qué va a hacer Butcher?

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—Venir aquí.

DOGSBOROUGH.—¿Aquí? No quiero verlo.

No me siento bien. El corazón. (Se pone de pie. Solemne). No tengo nada

Que ver con ese asunto. Durante sesenta años

He seguido el camino recto, y la ciudad lo sabe.

Nada tengo que ver con sus intrigas.

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—Claro, padre. ¿Estás mejor?

EL CRIADO.—(Entrando). Un tal señor Ui

Aguarda en el vestíbulo.

DOGSBOROUGH.—¡El gángster!

EL CRIADO.—Sí. Su retrato

Ha salido en los periódicos. Dice que lo envía

El señor Clark, del Trust de la Coliflor.

DOGSBOROUGH.—¡Échelo! ¿Quién lo manda? ¿Clark? ¡Maldita sea!

¿Ahora quiere echarme encima a un gángster? Voy a...

(Entran ARTURO UI y ERNESTO ROMA).

Ui.—Señor Dogsborough...

DOGSBOROUGH.—¡Fuera!

ROMA.—¡Vamos, vamos! ¡Calma!

¡No se precipite! Hoy es domingo, ¿no?

DOGSBOROUGH.—¡He dicho que fuera!

EL JOVEN DOGSBOROUGH.—¡Mi padre ha dicho que fuera!

ROMA.—Y si lo dice otra vez no será ya nada nuevo.

Ui.—(Sin inmutarse). Señor Dogsborough...

DOGSBOROUGH.—¿Dónde están los criados? ¡Llama

A la policía!

ROMA.—¡Será mejor que te quedes, chico!

Mira en el pasillo, donde hay un par de tipos

Que podrían cometer algún error.

DOGSBOROUGH.—Ah. De modo que con violencia...

ROMA.—¡Nada de violencia! Sólo un poco de insistencia, amigo.

(Silencio).

Ui.—Señor Dogsborough. Sé que no me conoce.

O sólo de oídas, que es peor.

Señor Dogsborough, tiene usted delante

A un hombre incomprendido. Difamado por la envidia,
 Se han desfigurado mis intenciones. Cuando
 Hace ya catorce años, hijo del Bronx y sin trabajo,
 Comencé mi carrera en esta ciudad y, he de decirlo,
 Con cierto éxito, sólo tenía conmigo
 A siete hombres valientes, sin recursos,
 Decididos como yo a cortarse su tajada
 De toda vaca que Dios creó.
 Ahora son treinta, y pronto serán más.
 Usted se estará diciendo: ¿que quiere Arturo Ui de mí?
 No quiero mucho. Sólo una cosa quiero:
 ¡No ser desconocido! No ser considerado
 Como un aventurero, un arribista
 O cualquier otra cosa peor aún.

(Carraspea).

Por lo menos no por una policía
 Que siempre he respetado. Por eso estoy aquí,
 Para rogarle —y rogar nunca me gusta—
 Que interceda por mí cuando haga falta
 Ante esa policía.

DOGSBOROUGH.—(Incrédulo). ¿Que yo responda por usted?

Ui.—Cuando haga falta. Todo dependerá

De que lleguemos a un acuerdo con los verduleros.

DOGSBOROUGH.—¿Qué tiene usted que ver con ese negocio?

Ui.—A eso iba. Estoy completamente decidido

A protegerlo. Contra cualquier abuso.

Si fuera necesario, por la fuerza.

DOGSBOROUGH.—Por lo que yo sé,

Nadie lo amenaza por ninguna parte.

Ui.—Hasta ahora. Puede ser. Pero yo miro más lejos

Y pregunto: ¿hasta cuándo? ¿Cuánto tiempo podrá

En esta ciudad, con una policía podrida y corrupta,

Cuánto tiempo podrá un comerciante de verduras vender

Sus hortalizas en paz? Tal vez mañana mismo,

¿No encontrará su tiendecita

Destruida por manos desalmadas y saqueada su caja?

¿No preferirá ya desde hoy, a cambio de una pequeña suma,

Disfrutar de una poderosa protección?

DOGSBOROUGH.—Yo creo

Que más bien no.

Ui.—Eso significaría que

No sabe lo que le conviene. Es posible.

El modesto verdulero, trabajador pero
 Limitado, a menudo honrado pero rara vez muy listo,
 Necesita de una mano fuerte. Por desgracia, no se siente
 Responsable hacia el Trust, aunque se lo debe
 Todo. Y también eso, señor Dogsborough
 Es tarea mía. Porque también el Trust
 Debe ser protegido. ¡Se acabaron los morosos!
 ¡Paga o cierra tu negocio! ¡Quizá haya algún débil
 Que se hunda! ¡Pero eso es ley de vida!
 En resumen, que el Trust me necesita.

DOGSBOROUGH.—¿Y qué me importa

El Trust de la Coliflor? Con sus curiosos planes,

Ha llamado usted a una puerta equivocada.

Ui.—De eso ya hablaremos. ¿Sabe lo que necesitan?

¡El Trust necesita puños! Treinta

Muchachos decididos, bajo mi mando!

DOGSBOROUGH.—No sé si el Trust querrá ametralladoras

En vez de máquinas de escribir, pero yo

No soy del Trust.

Ui.—De eso hablaremos luego.

Usted se dirá: treinta hombres, bien armados,

Entrando en el Trust como en su casa. ¿Y quién nos garantiza

Que no nos pasará nada a nosotros? La respuesta

Es muy sencilla: quien paga, manda.

Y quien repartirá los sobres será usted.

¿Cómo podría yo enfrentarme nunca?

Aunque quisiera y no lo estimara tanto

Como lo estimo, ¡palabra de honor!

¿Quién soy yo? ¿Cuántos son los que me siguen?

¿Sabe que algunos me han dejado ya?

¡Hoy son todavía veinte, si es que son veinte aún!

Pero si usted no me salva, estaré perdido. Como hombre

Está usted obligado a defenderme

De mis enemigos y, las cosas como son,

¡También de mis amigos! ¡Están en juego

Catorce años de esfuerzos! ¡Se lo ruego como hombre!

DOGSBOROUGH.—Entonces oiga lo que como hombre voy a hacer:

Llamar a la policía.

Ui.—¿A la policía?

DOGSBOROUGH.—Sí señor, a la policía.

Ui.—¿Quiere decir que se niega

A ayudarme como hombre? (Ruge). ¡Entonces

Se lo exijo como criminal! ¡Porque eso es lo que es!

¡Lo voy a denunciar! ¡Y tengo pruebas!

¡Está usted implicado en el escándalo
De los muelles que ahora empieza! ¡La naviera Sheet
Es usted! ¡Se lo advierto! ¡No me empuje
A lo peor! ¡Se ha decidido ya iniciar
Una investigación!

DOGSBOROUGH.—(*Muy pálido*). ¡Que nunca se hará!
Mis amigos...

UI.—¡No los tiene! Los tenía ayer.
Hoy ya no tiene amigos, y mañana
Tendrá sólo enemigos. Si alguien puede salvarlo,
¡Ese soy yo! ¡Arturo Ui! ¡Yo! ¡Yo!

DOGSBOROUGH.—No habrá
Investigación. Nadie me haría nunca
Algo así. Tengo ya el cabello blanco...

UI.—Ese cabello es lo único
Que queda de blanco en usted. ¡Amigo! ¡Dogsborough!

(*Trata de cogerle la mano*).

¡Sea sensato! ¡Sea sensato ahora! ¡Déjeme
Que lo salve yo! ¡Una palabra suya y aplastaré
A cualquiera que pretenda sólo
Tocarle un pelo! Dogsborough, ¡ayúdeme ahora,
Se lo ruego, por esta vez! ¡Sólo por esta vez!
¡No puedo presentarme ante mis muchachos
Sin llegar a un acuerdo con usted!

(*Llora*).

DOGSBOROUGH.—¡Nunca!
Antes de liarme con usted, ¡preferiría
Hundirme!

UI.—Estoy acabado. Lo sé.
Tengo ya cuarenta años ¡y no soy nadie aún!
¡Tiene que ayudarme!

DOGSBOROUGH.—¡Nunca!

UI.—¡Se lo advierto!
¡Lo voy a destruir!

DOGSBOROUGH.—Pero mientras yo
Siga con vida, ¡no logrará nunca, nunca,
Esa protección de las verduras!

UI.—(*Con dignidad*). Señor Dogsborough,
No tengo más que cuarenta años. Usted ochenta y
¡Con la ayuda de Dios le sobreviviré!
¡Sé que entraré en el comercio de verduras!

DOGSBOROUGH.—¡Nunca!
UI.—Vámonos, Roma.

(*Se inclina ceremoniosamente y sale con Ernesto ROMA de la sala*).

DOGSBOROUGH.—¡Necesito aire! ¡Qué cara más dura!
¡Pero qué cara más dura! No, este chalé
Nunca hubiera debido aceptarlo. Sin embargo, no
Se atreverán a investigar. De otro modo,
¡Todo habría acabado! No, no, no pueden atreverse.

EL CRIADO.—(*Entrando*). ¡Los señores Goodwill y Gaffles, del Ayunta-
miento!

(*Entran GOODWILL y GAFFLES*).

GOODWILL.—¡Hola, Dogsborough!

DOGSBOROUGH.—¡Hola, Goodwill; hola, Gaffles!

¿Qué hay de nuevo?

GOODWILL.—Nada bueno, me temo.

¿No era Arturo Ui ése de ahí fuera
Que se ha cruzado con nosotros?

DOGSBOROUGH.—(*Riéndose forzadamente*). El mismo,
No es precisamente un adorno para un chalé.

GOODWILL.—No precisamente. Bueno, no son buenos vientos
los que nos traen por aquí. Es lo del préstamo
Del Trust para construir los muelles.

DOGSBOROUGH.—(*Tenso*). ¿Qué pasa con el préstamo?

GAFFLES.—Ayer, en el Ayuntamiento,
Algunos dijeron, no te irrites,
Que ese asunto apestaba.

DOGSBOROUGH.—Que apestaba.

GOODWILL.—¡Tranquilo!

A la mayoría no le gustó la expresión.

¡Fue un milagro que no se llegara a las manos!

GAFFLES.—¡Los contratos de Dogsborough apestan!, gritaron.

¿Y la Biblia? ¿También la Biblia

Apesta entonces? ¡Y casi hay una moción
De homenaje, Dogsborough! Cuando tus amigos
Pedimos enseguida una investigación.

Varios cambiaron de opinión al ver

Nuestra confianza, y no querían saber ya nada más.

Pero la mayoría, ansiosa de que sobre tu nombre

No hubiera la menor sospecha,

Dijimos: Dogsborough no es sólo

Un nombre ni tampoco un hombre,

¡Es una institución! Y, en medio del tumulto,
La investigación se impuso.

DOGSBOROUGH.—La investigación.

GOODWILL.—O'Casey representará a la ciudad.
Los del Trust afirman sólo que el préstamo
Se concedió directamente a la naviera Sheet
Y los contratos con las constructoras
Debieron ser hechos por Sheet.

DOGSBOROUGH.—La naviera Sheet.

GOODWILL.—Lo mejor sería que tú enviaras
A alguien de prestigio y confianza,
Que fuera imparcial, para desentrañar
Esa madeja enredada.

DOGSBOROUGH.—Claro.

GAFFLES.—Pues de acuerdo, y ahora enseñanos un poco
Tu famoso chalé nuevo, Dogsborough,
¡Para que tengamos algo que contar!

DOGSBOROUGH.—Sí.

GOODWILL.—¡Paz y campanas! ¡Qué más puede desearse!

GAFFLES.—(Riéndose). ¡Y nada de muelles apestosos!

DOGSBOROUGH.—¡Os mandaré a ese hombre!

(Salen muy despacio. Aparece un cartel).

5

(Ayuntamiento. BUTCHER, FLAKE, CLARK, MULBERRY, CARUTHER.
Enfrente, junto a DOGSBOROUGH, que está blanco como la pared,
O'CASEY, GAFFLES y GOODWILL. PERIODISTAS).

BUTCHER.—(En voz baja). Se hace esperar.

MULBERRY.—Viene con Sheet. Puede

Que no hayan llegado a un acuerdo. Se habrán
Pasado la noche negociando. Sheet tendrá que decir
Que la naviera es suya todavía.

CARUTHER.—Para Sheet

Es una píldora amarga: venir aquí
A demostrar que el sinvergüenza es sólo él.

FLAKE.—No lo hará.

CLARK.—Tendrá que hacerlo.

¿Por qué habría

De echarse cinco años de cárcel?

CLARK.—Es un montón

De dinero y a Mabel Sheet le gusta el lujo.

Él sigue estando loco por ella, y lo hará.

Y en lo que a la cárcel se refiere: no

La va a pisar. De eso se encargará Dogsborough.

(Se oye vocear a los chicos que venden periódicos, y UN REPOR-
TERO entra con diario).

GAFFLES.—Han encontrado a Sheet muerto. En un hotel.

En el bolsillo del chaleco tenía un billete para San Francisco.

BUTCHER.—¿Sheet muerto?

O'CASEY.—(Lee). Asesinado.

MULBERRY.—¡Oh!

FLAKE.—(En voz baja). Entonces no ha sido él.

GAFFLES.—Dogsborough, ¿te encuentras mal?

DOGSBOROUGH.—(Con esfuerzo). Se me pasará.

O'CASEY.—La muerte de Sheet...

CLARK.—La inesperada muerte

Del pobre Sheet casi supone el torpedeo

De nuestra investigación...

O'CASEY.—Sin duda: lo inesperado

Es a veces lo esperado, y con frecuencia lo inesperado

Es lo que se espera, así es la vida.

Ahora estoy ante vosotros, desalentado

Y esperando que no me remitáis a Sheet

Con mis preguntas, porque, como leo en este diario,

Sheet está callado desde anoche.

MULBERRY.—¿Qué quiere decir con eso? Su préstamo

Se concedió en definitiva a la naviera, ¿no?

O'CASEY.—Así es. Sin embargo, ¿quién es la naviera?

FLAKE.—(En voz baja). ¡Rara pregunta! ¡Tiene algo en la manga!

CLARK.—(También en voz baja). ¿Qué puede ser?

O'CASEY.—¿Qué te pasa, Dogsborough?

¿Te falta aire? (A los otros). Sólo digo que se podría afirmar

Que ahora Sheet recibirá, además de unas paletadas de tierra,
Toda la porquería de los demás.

Sospecho que...

CLARK.—Quizá fuera mejor, O'Casey,

Que no sospechara demasiado. En esta ciudad

Hay leyes que castigan la calumnia.

MULBERRY.—¿Qué significan esas palabras oscuras? Me han dicho

Que Dogsborough ha nombrado un hombre

Para aclarar todo esto. ¡Pues esperad a ese hombre!

O'CASEY.—Se hace esperar mucho. Y cuando llegue, confío
En que no nos cuente sólo lo de Sheet.

FLAKE.—Esperemos
Que diga la verdad y nada más.

O'CASEY.—¿Así que es un hombre honrado?
No estaría mal. Como Sheet ha muerto esta noche
Todo podría haberse aclarado ya. Bueno, espero (A DOGSBOROUGH)
Que sea un hombre de bien el que has buscado.

CLARK.—(Cortante). Es el que es, ¿está claro? Aquí llega.

(*Entran ARTURO UI y ERNESTO ROMA, acompañados de GUARDAES-
DAESPALDAS*).

UI.—¡Hola, Clark! ¡Hola, Dogsborough! ¡Hola!

CLARK.—¡Hola, Ui!

UI.—Bueno, ¿qué queréis saber de mí?

O'CASEY.—(A DOGSBOROUGH). ¿Es éste tu hombre?

CLARK.—Claro. ¿No te parece bien?

GOODWILL.—¿Eso quiere decir, Dogsborough, que...?

O'CASEY.—(A los periodistas, que se impacientan). ¡Silencio!

UN REPORTERO.—¡Es Ui!

(*Risas. O'CASEY impone silencio. Luego mira a los GUARDAES-
PALDAS*).

O'CASEY.—¿Quiénes son éstos?

UI.—Unos amigos.

O'CASEY.—(A ROMA). ¿Y quién es usted?

UI.—Mi apoderado, Ernesto Roma.

GAFFLES.—¡Un momento!

¿Es éste tu hombre, Dogsborough, en serio?

(DOGSBOROUGH guarda silencio).

O'CASEY.—Señor Ui,

Como podemos deducir del elocuente silencio
Del señor Dogsborough, usted goza de su confianza
Y quiere lograr la nuestra. ¿Dónde están los contratos?

UI.—¿Qué contratos?

CLARK.—(Dado que O'CASEY mira a GOODWILL). Los que la naviera Sheet
Debe de haber concertado con empresas
Para construir los muelles.

UI.—Yo no sé nada de contratos.

O'CASEY.—¿No?

CLARK.—¿Quiere decir
Que no existen?

O'CASEY.—(Con rapidez). ¿Habló usted con Sheet?

UI.—(Sacudiendo la cabeza). No.

CLARK.—Ah, ¿no habló con Sheet?

UI.—(Acalorado). Quien diga
Que yo hablé con Sheet, miente.

O'CASEY.—Creía que había estudiado usted el asunto, señor Ui,
Por encargo del señor Dogsborough...

UI.—Lo he hecho.

O'CASEY.—¿Y su estudio, señor Ui, ha dado resultado?

UI.—Sí.

No ha sido fácil averiguar la verdad.

Y no es nada agradable. Cuando el señor Dogsborough

Me pidió que, por el bien de esta ciudad,

Aclarase dónde estaba ese dinero, formado

Por los modestos ahorros de nuestros contribuyentes

Y confiado a cierta compañía naviera,

Tuve que comprobar con espanto

Que había sido malversado. Eso es lo primero.

Y lo segundo es: ¿quién lo malversó? Bueno,

También eso pude averiguarlo: y el culpable,

Lamentablemente, es...

O'CASEY.—¿Quién?

UI.—Sheet.

O'CASEY.—¡Ah, Sheet! ¡El silencioso Sheet! ¡Con quien usted no habló!

UI.—¿Por qué me miran así? El culpable es Sheet.

CLARK.—Sheet ha muerto. ¿No lo ha oído?

UI.—Vaya, ¿conque ha muerto? He estado esta noche en Cícero...

Y por eso no sabía nada. Roma estaba conmigo.

(Pausa).

ROMA.—Eso sí que es raro. Quiero decir, ¿será casualidad
Que precisamente ahora...?

UI.—Señores, no es casualidad.

El suicidio de Sheet es consecuencia de su delito.

¡Algo monstruoso!

O'CASEY.—Lo que pasa es que no es un suicidio.

UI.—¿Qué otra cosa si no! Naturalmente, Roma y yo estábamos

La pasada noche en Cícero y no sabemos nada.

Pero sí sé lo que ahora ha quedado claro: Sheet,

Aparentemente honrado hombre de negocios, ¡era

Un gángster!

O'CASEY.—Comprendo. Para usted no hay palabras
Demasiado duras para Sheet, que esta noche se ha encontrado
Con algo también muy duro, Ui. Y ahora tú,
Dogsborough.

DOGSBOROUGH.—¿Yo?

BUTCHER.—(*Aspero*). ¿Qué pasa con Dogsborough?

O'CASEY.—Pasa esto:

Si he entendido al señor Ui —y creo
Que lo he entendido bien— fue una compañía
Naviera la que recibió el dinero y lo malversó.
Por eso sólo queda una pregunta: ¿quién es esa
Compañía? He oído que se llama Sheet, pero
¿Qué significa un nombre? Lo que nos interesa es
De quién era la naviera. ¡No sólo
Cómo se llamaba! ¿Pertenece a Sheet?
Él, sin duda alguna, podría decírnoslo, pero
Ahora ya no puede hablar de nada de lo que le pertenecía,
Desde que el señor Ui estuvo en Cícero. ¿No podría ser
Que fuera otro el propietario ya cuando ocurrió
La estafa que en estos momentos nos ocupa?
¿Qué opinas tú, Dogsborough?

DOGSBOROUGH.—¿Yo?

O'CASEY.—Sí. ¿Podría ser

Que estuvieras sentado al escritorio de Sheet,
Precisamente cuando, digamos, se firmaron los contratos?

GOODWILL.—¡O'Casey!

GAFFLES.—(A O'CASEY). ¡Dogsborough! ¿Te has vuelto loco?

DOGSBOROUGH.—Yo...

O'CASEY.—Y antes ya, cuando en el Ayuntamiento

Nos hablaste de lo mal que estaba la coliflor
Y dijiste que debíamos concederle un préstamo...
¿Hablabas por experiencia propia?

BUTCHER.—¿Qué es esto? ¿No veis que se siente mal?

CARUTHER.—¡Es un anciano!

FLAKE.—Sus canas deberían persuadirnos

De que no hay en ese hombre maldad.

ROMA.—¡Yo digo que no hay pruebas!

O'CASEY.—En cuanto a pruebas...

UI.—¡Silencio, por favor! ¡Un poco de orden, amigos!

GAFFLES.—(*Gritando*). ¡Habla, Dogsborough, por el amor del cielo!

UN GUARDAESPALDAS.—(*Ruge de pronto*). ¡El jefe

Quiere silencio! ¡Silencio!

(*Silencio súbito*).

UI.—Si se me permite decir

Lo que en estos momentos siento

Al ver este cuadro vergonzoso

—Un anciano insultado y sus amigos

Callados a su alrededor—... Señor Dogsborough,

Yo le creo. Y pregunto: ¿es que tiene ese aspecto la culpa?

¿Mira así un hombre que ha dejado el camino recto?

¿Es que no es blanco ya lo blanco, ni negro lo negro?

Se ha llegado muy lejos si se ha llegado a esto.

FLAKE.—¡Se está acusando de soborno a un hombre

Irreprochable!

O'CASEY.—¡Y de algo más: de estafa!

Porque afirmo que esa siniestra naviera,

De la que tantas cosas se han dicho cuando

Se creía propiedad de Sheet, ¡era ya propiedad

De Dogsborough cuando el préstamo se concedió!

MULBERRY.—¡Eso es falso!

CARUTHER.—¡Me dejaría cortar la cabeza

Por Dogsborough! ¡Llama a la ciudad entera

Y encuentra a alguien que se atreva a manchar su nombre!

REPORTERO.—(*A otro que llega en ese momento*). ¡Acaban de acusar a Dogsborough!

EL OTRO REPORTERO.—¿A Dogsborough?

¿Y por qué no a Abraham Lincoln?

MULBERRY y FLAKE.—¡Testigos! ¡Testigos!

O'CASEY.—Ah, ¿testigos? ¿Eso es lo que queréis? Smith, ¿qué pasa

Con nuestro testigo? ¿Está aquí? Creo

Que ha venido.

(*Uno de sus hombres va a la puerta y hace una señal. Todos miran a la puerta. Breve pausa. Se oye una serie de disparos y estrépito. Mucho alboroto. LOS REPORTEROS salen corriendo*).

LOS REPORTEROS.—Delante del Ayuntamiento. Metralletas.

—¿Cómo se llama tu testigo, O'Casey?

—El ambiente está muy cargado.

—¡Hola, Ui!

O'CASEY.—(*Yendo hacia la puerta*). Bowl. (*Grita*). ¡Entra!

LOS DEL TRUST DE LA COLIFLOR.—¿Qué pasa?

—Han matado a alguien.

—En la escalera.

—¡Maldita sea!

BUTCHER.—(A UI). ¿Más jaleos? Ui, hemos terminado para siempre

Si lo que ha pasado es...

UI.—¿Sí?

O'CASEY.—¡Entradlo aquí!

(Entran los POLICÍAS con un cadáver).

O'CASEY.—Es Bowl. Señores, me temo que mi testigo no esté
Ya en condiciones de declarar.

(Sale rápidamente. Los POLICÍAS dejan el cadáver de BOWL en un ángulo).

DOGSBOROUGH.—Gaffles, ¡sácame
De aquí!

(GAFFLES sale, pasando por su lado sin contestar).

UI.—*(Tendiendo la mano a DOGSBOROUGH).*

¡Lo felicito cordialmente, Dogsborough!

Yo quiero que haya claridad. De una forma o de otra.

(Aparece un letrero).

6

(Hotel Mammoth. Suite de UI. DOS GUARDAESPALDAS entran con UN ACTOR harapiento. Al fondo, GIVOLÀ).

PRIMER GUARDAESPALDAS.—Es el actor, jefe. Va desarmado.

SEGUNDO GUARDAESPALDAS.—No tendría pasta para comprar una pistola.

Está un poco trompa porque en la taberna le hacen recitar cuando todos están borrachos. Pero al parecer es bueno. Del género clásico.

UI.—Escuche: me han dado a entender que mi pronunciación deja un tanto que desear. Y como será inevitable que en algunas ocasiones tenga que decir unas palabras, sobre todo si esto toma un cariz político, quisiera recibir lecciones. También de gesticulación.

EL ACTOR.—Sí, señor.

UI.—¡El espejo!

(UN GUARDAESPALDAS lleva hacia adelante un gran espejo).

UI.—Primero, andar. ¿Cómo se anda en el teatro o en la ópera?

EL ACTOR.—Le comprendo. Quiere decir a lo grande: Julio César, Hamlet, Romeo, los dramas de Shakespeare. Señor Ui, ha encontrado usted a su hombre. El viejo Mahoney le puede enseñar en diez minutos

cómo se interpreta al estilo clásico. Ah, señores, tienen ustedes delante un trágico destino. Mi ruina ha sido Shakespeare. Un poeta inglés. Si no hubiera sido por Shakespeare, hoy estaría actuando en Broadway. La tragedia de un personaje. «¡No interprete a Shakespeare que esto es Ibsen, Mahoney! ¡Mire el calendario! ¡Estamos en 1912, amigo!». «El Arte no entiende de calendarios, amigo», decía yo. «Lo mío es el Arte». ¡Ay!

GIVOLÀ.—Me parece que no es el hombre adecuado, jefe. Está pasado de moda.

UI.—Ya veremos. Ande un poco como se anda en Shakespeare. *(EL ACTOR va de un lado a otro).* ¡Bien!

GIVOLÀ.—¡No puedes andar así delante de los de la coliflor! ¡Es muy poco natural!

UI.—¿Qué quiere decir poco natural? Nadie es hoy natural. Cuando ande, quiero que noten que ando.

(Imita la forma de andar del ACTOR).

EL ACTOR. La cabeza atrás. *(UI echa la cabeza atrás).* El pie debe tocar el suelo primero con la punta. *(UI toca el suelo primero con la punta del pie).* Bien. Estupendo. Tiene una disposición natural. Sólo los brazos quizá... Demasiado rígidos. Espere. Lo mejor será que los cruce delante de sus partes pudendas. *(UI, al andar, cruza las manos ante sus partes pudendas).* No está mal. Desenvuelto y sin embargo firme. Pero la cabeza atrás. Eso es. Creo que esa forma de andar es la adecuada para sus fines, señor Ui. ¿Qué más desea?

UI.—Aprender a estar de pie. Delante de la gente.

GIVOLÀ.—Ponte detrás a dos tipos bien plantados y estarás magnífico.

UI.—¿Qué tontería. Quiero que, cuando esté de pie, me miren a mí y no a los tipos que estén detrás. ¡Corríjame!

(Adopta una pose, con los brazos cruzados sobre el pecho).

EL ACTOR.—Quizá. Pero es vulgar. No querrá parecer un peluquero, señor Ui. Cruce así los brazos. *(Cruza los brazos de forma que se vea el dorso de las manos, que descansan en los antebrazos).* Un pequeño detalle, pero la diferencia es enorme. Véalo en el espejo, señor Ui.

(UI ensaya la nueva posición de brazos ante el espejo).

UI.—Bien.

GIVOLÀ.—¿Para qué haces todo eso? ¿Sólo para los distinguidos Señores del Trust?

UI.—Claro que no. Evidentemente,

Es para la gente sencilla. ¿Para quién crees que,

Por ejemplo, ese Clark del Trust anda de una forma
Tan pomposa? Desde luego no para sus socios.
Para eso le basta su cuenta bancaria, lo mismo que
Para determinados fines, unos chicos fuertes
Hacen que se me respete. ¡Clark anda pomposamente
Sólo para la gente sencilla! Y eso haré yo.

GIVOLA.—Pero podrían decir que no es
Auténtico. Hay gente que para esas cosas
Es muy rara.

UI.—Evidentemente que la hay.
Pero no se trata de lo que piense un profesor
O algún otro superlisto, sino de cómo
Se imagina el hombre sencillo a su señor.
Con eso basta.

GIVOLA.—Pero, ¿para qué quieres demostrar
Que eres el señor? ¿Por qué no unas honradas
Mangas de camisa y una mirada franca, jefe?

UI.—Para eso tengo al viejo Dogsborough.

GIVOLA.—Está un poco deteriorado, me parece.
Es verdad que aún figura en inventario
Como valiosa pieza antigua, pero no se enseña
De buena gana, quizá no sea auténtica...
Lo mismo pasa con la Biblia familiar,
Que no se abre desde que, entre amigos,
Hojeando en ella emocionados, encontraron
Una chinche seca entre sus páginas
Venerables y amarillas. Pero, eso sí,
Para la Coliflor él sigue siendo bueno todavía.

UI.—Quién es o no es respetable lo decido yo.

GIVOLA.—Está claro, jefe. ¡No tengo nada contra Dogsborough!
Se le puede utilizar. Ni en el Ayuntamiento
Lo han dejado caer, por miedo a hacer demasiado ruido.

UI.—Ahora, cómo estar sentado.

EL ACTOR.—Cómo estar sentado. Quizá sea lo más difícil, señor Ui. Hay
gente que sabe andar; la hay que sabe estar de pie; pero ¿dónde en-
contrar gente que sepa estar sentada? Siéntese en un silla con bra-
zos, señor Ui. Pero no se apoye. Las manos sobre los muslos, parale-
las al vientre, los codos separados del cuerpo. ¿Cuánto tiempo puede
permanecer así, señor Ui?

UI.—Todo el que quiera.

EL ACTOR.—Entonces perfecto, señor Ui.

GIVOLA.—Quizá harías bien en dejar, jefe,
La herencia de Dogsborough a Giri.
Sabe ser popular... hasta sin pueblo.

Sabe hacerse el gracioso y reír tan fuerte
Que se desprenden del techo las molduras,
Si hace falta. Y si no hace falta también,
Como cuando tú dices que eres hijo del Bronx
—Y lo eres de verdad—, y hablas de aquellos
Siete muchachos resueltos...

UI.—Ya. ¿Y él se ríe?

GIVOLA.—Hasta que se desprenden del techo las molduras. Pero
No se lo digas, porque volverá a decir
Que no puedo soportarlo. Quítale mejor esa manía
De coleccionar sombreros.

UI.—¿Qué sombreros?

GIVOLA.—Los de
La gente que liquida. Y se pasea
Con ellos en público. Resulta
Repugnante.

UI.—Yo no pongo bozal

Al perro que me caza². Y paso por alto
Los defectillos de mis colaboradores.

(Al ACTOR). ¡Y ahora a hablar! ¡Recite algo!

EL ACTOR.—Shakespeare. Nada más. César. El héroe clásico. (*Saca un li-
brito del bolsillo*). ¿Qué le parece el discurso de Antonio? Junto al fé-
retro de César. Contra Bruto. El jefe de los asesinos. Un modelo de
oratoria pública muy famoso. Yo interpreté a Antonio en el Zenith,
en 1908. Es exactamente lo que usted necesita, señor Ui. (*Adopta una
pose y recita, verso a verso, el discurso de Antonio*).

¡Oíd ciudadanos, amigos, romanos!

(*Ui va repitiendo cada verso, leyendo en el librito, y el actor lo co-
rrige de vez en cuando, aunque Ui conserva básicamente su tono
brusco y ronco*).

César ha muerto. Y a sepultar a César,
No a alabarlo, he venido. ¡Ciudadanos!
El mal que un hombre hace sobrevive;
El bien, con él se entierra casi siempre.
¡Que sea así con César! El gran Bruto
Así lo ha asegurado: fue un tirano.
Si es verdad, su pecado fue muy grande
Y grandemente lo ha pagado ahora.

UI.—(*Continúa solo*). Yo estoy aquí con permiso de Bruto,
(Porque Bruto es un hombre honorable,
Como sois todos hombres honorables),
Para hablaros así junto al cadáver.

Fue mi amigo, sincero y fiel amigo,
 Mas Bruto dice que era un tirano
 Y Bruto es un hombre honorable.
 Trajo a Roma muchos prisioneros
 Y los rescates llenaron las arcas.
 Quizá ya entonces fuera un tirano.
 Mas si algún pobre hubiera dicho eso
 César, en Roma, habría llorado.
 Quizá los tiranos sean más duros,
 Mas Bruto nos dice que era un tirano
 Y Bruto es un hombre honorable.
 Sabéis que en las Lupercales, tres veces,
 La corona real ofrecí yo a César.
 Por tres veces no quiso. ¿Fue un tirano?
 ¿No? Bruto dice que era un tirano
 Y Bruto es un hombre honorable.
 No he de contradecir ahora a Bruto
 Pero he de decir lo que sé.
 Todos amasteis a César un día
 ¿Qué puede impediros ahora llorarlo?

(Durante los últimos versos cae lentamente el telón. Aparece un letrero).

7

(Sede del Trust de la Coliflor. ARTURO UI, ERNESTO ROMA, GIUSEPPE GIVOLÀ, EMANUELE GIRI y LOS GUARDAESPALDAS. Un grupo de verduleros minoristas escucha a Ui. En el estrado, junto a Ui, el viejo DOGSBOROUGH, enfermo. Al fondo, CLARK).

Ui.—*(Rugiendo)*. ¡Crímenes! ¡Chantajes! ¡Matanzas! ¡Robos!
 ¡Se anda a tiros por las calles! ¡Hombres
 Que se dirigen a su trabajo, pacíficos ciudadanos
 Que van al Ayuntamiento a testimoniar,
 Asesinados en pleno día! ¿Y que hace
 El Ayuntamiento, pregunto yo? ¡Nada!
 Seguramente esos hombres honorables
 Tienen que planear sus turbios negocios
 Y denigrar a hombres honrados
 En lugar de intervenir.
 GIVOLÀ.—¡Oíd!

Ui.—En resumen, reina el caos.
 Porque si cualquiera puede hacer lo que quiera
 Y todo lo que le dicta su egoísmo,
 Eso significa que todos luchan contra todos
 Y con ello reina el caos. Si yo, pacíficamente,
 Administro mi negocio de verduras o, digamos,
 Conduzco mi camión de coliflores o,
 Qué sé yo, y otro, no tan pacífico,
 Irrumpe en mi tienda con un «¡manos arriba!»
 O me revienta a balazos los neumáticos,
 ¡Nunca podrá haber paz! Pero si yo
 Sé muy bien que los hombres son así
 Y no mansos corderos, he de hacer algo
 Para que no me destrocen el negocio
 Y tenga que andar alzando las manos a cada paso,
 Cada vez que se le ocurra a algún vecino,
 En lugar de poder utilizarlas en mi trabajo
 De contar pepinos o lo que sea.
 Porque así es el hombre. Por propia iniciativa
 Nunca dejará de lado su pistola.
 Sólo porque es más noble, o porque alguno,
 En el Ayuntamiento, pronunciará su elogio.
 ¡Si no disparo antes yo, dispara el otro! Es
 Lógico. Y qué se puede hacer, preguntaréis.
 Lo vais a saber muy pronto. Pero algo antes que nada:
 Es imposible seguir como hasta ahora.
 Sentarse sin dar golpe tras la caja
 Confiando en que todo vaya bien, y además
 Desunidos entre vosotros, dispersos, sin una
 Fuerte vigilancia que os proteja y os defienda,
 Y por ello a merced de cualquier gángster,
 Naturalmente, no puede ser. Por tanto, lo primero
 que hace falta es unidad. Y lo segundo, sacrificios.
 ¿Cómo?, os oigo decir ya, ¿hemos de sacrificarnos?
 ¿Pagar dinero por seguridad, deducir para protección
 Un treinta por ciento? ¡No y no, eso no lo haremos!
 ¡Apreciamos demasiado nuestro dinero! Si se pudiera
 Tener protección gratis, ¡con mucho gusto!
 Pero, mis queridos verduleros, las cosas
 No son tan sencillas. De balde es sólo la muerte.
 Todo lo demás cuesta. Y la protección también cuesta.
 ¡Y la tranquilidad, la seguridad y la paz!
 Así es la vida. Y por eso mismo, porque
 Es así y nunca ha de cambiar,

Yo y algunos hombres que aquí veis
—Y otros que están ahí fuera— decidimos
Brindaros nuestra protección.

(GIVOLÀ y ROMA aplauden).

Pero para que veáis.
Que todo se hará sobre una base comercial,
Ha venido a vernos el señor Clark,
De la empresa mayorista Clark que todos conocéis.

(ROMA hace avanzar a CLARK. Algunos verduleros aplauden).

GIVOLÀ.—Señor Clark, en nombre de la asamblea
Le doy la bienvenida. Que el Trust de la Coliflor
Haya decidido apoyar las ideas de Arturo Ui.
Es realmente un honor. ¡Gracias, señor Clark!

CLARK.—Los del Trust de la Coliflor, señoras y señores,
Vemos con alarma qué difícil resulta
Vender nuestra verdura. «Demasiado cara»,
Oigo decir. Sin embargo, ¿por qué es cara?
Porque nuestros embaladores, cargadores y conductores,
Incitados por elementos subversivos, cada día
Piden más. Poner orden en todo ello
Es lo que quieren el señor Ui y sus amigos.

COMERCIANTE PRIMERO.—Pero si la gente humilde recibe cada vez
Menos, ¿quién comprará la verdura?

UI.—Esa pregunta
Es acertada. Y mi respuesta es
Que en el mundo de hoy, se quiera o no,
No es posible prescindir ya
Del obrero. Aunque sea como cliente.
Siempre he insistido en que el trabajo honrado
No es humillante, sino rentable y constructivo.
Y por ello, necesario. El obrero, uno por uno,
Goza de toda mi simpatía. Sólo cuando
Se amotina y aún se atreve
A intervenir en lo que no comprende,
En cómo obtener ganancias y demás,
Le digo: alto ahí, hermano, que eso no es así.
Eres un trabajador, luego trabajas.
Si estás en huelga y no trabajas,
Ya no eres un trabajador, sino un tipo
Peligroso, y entonces intervengo yo.

(CLARK aplaude).

Pero, para que veáis que, honradamente,
Todo se hará de buena fe, se sienta entre nosotros
Un hombre que, para todos, puedo decir muy bien,
Es ejemplo de honradez acrisolada
E incorruptible moral. Me refiero
Al señor Dogsborough.

(LOS VERDULEROS aplauden algo más fuerte).

Señor Dogsborough, sé muy bien,
Aquí y ahora, cuánto agradecimiento
Yo le debo. La Providencia nos ha unido.
El hecho de que un hombre como usted
Me haya elegido a mí, más joven, simple hijo del Bronx,
Como su amigo, casi podría decir como su hijo,
Es algo que nunca podré olvidar.

(ARTURO UI coge la mano de DOGSBOROUGH, que cuelga flácida, y la aprieta).

GIVOLÀ.—(A media voz). ¡Momento conmovedor! ¡Son padre e hijo!
GIRI.—(Se adelanta). ¡Compañeros, el jefe nos ha hablado de corazón!

En vuestra cara veo que tenéis preguntas.
¡Pues venga! ¡Sin recelo! Que no nos comemos
A nadie, si no se nos hostiga. Las cosas como son:
No soy amigo de hablar mucho ni, especialmente,
De toda esa crítica estéril que
No deja títere con cabeza y, llena de peros
Y sinembargos, no conduce a parte alguna.
En cambio las propuestas sanas, constructivas,
Sobre la forma en que se puede hacer todo
Lo que hay que hacer, las escuchamos siempre con agrado.
¡Vamos allá!

(LOS VERDULEROS no se mueven).

GIVOLÀ.—(Untuoso). ¡No nos dejéis
Fuera a nosotros! Creo que me conocéis.
Y conocéis mi negocio de flores.

UN GUARDAESPALDAS.—¡Viva Givolà!

GIVOLÀ.—Entonces, ¿preferís la protección, o las matanzas,
crímenes, robos y chantajes? ¿Diente por diente?

COMERCIANTE PRIMERO.—Todo ha estado tranquilo en los últimos tiempos.

En mi tienda no ha habido jaleo.

COMERCIANTE SEGUNDO.—En la mía tampoco.

COMERCIANTE TERCERO.—Y tampoco en la mía.

GIVOLÀ.—¡Es raro!

COMERCIANTE SEGUNDO.—Se dice que, recientemente,

Ha ocurrido algo de lo que el señor Ui ha dicho

En el sector de los bares, en donde rompieron

Vasos y derramaron por el suelo el alcohol

Por no querer pagar protección, pero a Dios gracias

El negocio de la verdura está tranquilo.

ROMA.—¿Y el asesinato de Sheet? ¿Y la muerte de Bowl?

¿Os parece eso tranquilo?

COMERCIANTE SEGUNDO.—¿Tiene algo que ver con la Coliflor, señor Roma?

ROMA.—No, ¡un momento!

(ROMA se dirige a ARTURO UI, que, tras su largo discurso, se sienta ahora agotado e indiferente. Después de unas palabras, hace una señal a GIRI para que se acerque, y también GIVOLÀ participa en una conversación apresurada y en susurros. Luego GIRI hace una señal a un GUARDAESPALDAS y sale con él rápidamente).

GIVOLÀ.—¡Respetable asamblea! Según acabo de saber,

Una pobre mujer suplica al señor Ui

Que le permita expresarle su agradecimiento

Ante esta congregación.

(Va hacia el fondo y acompaña a una mujer —DOCKDAISY— pintada y vestida llamativamente, que lleva de la mano a una niña. Los tres se sitúan delante de Ui, que se levanta).

GIVOLÀ.—¡Hable, señora Bowl!

(A los VERDULEROS). Me dicen que es la señora Bowl, la joven viuda

Del apoderado Bowl del Trust de la Coliflor,

que ayer, cuando se dirigía a cumplir con su deber

En el Ayuntamiento, fue asesinado por desconocidos.

Señora Bowl...

DOCKDAISY.—Señor Ui, en medio del profundo dolor en que me ha sumido el insolente asesinato de que fue víctima mi pobre esposo cuando iba a cumplir con su deber de ciudadano en el Ayuntamiento, quisiera expresarle mi gratitud más sincera por las flores que nos ha enviado a mí y a esta hijita mía de seis años, ahora huérfana de padre. *(A la asamblea).* Señores, soy sólo una pobre viuda y sólo quiero decir que, sin el señor Ui, hoy estaría en el arroyo, lo puedo jurar. Mi hijita de cinco años *[sic]*³ y yo no le olvidaremos nunca, señor Ui.

(Ui tiende a DOCKDAISY la mano y acaricia la barbilla de la niña).

GIVOLÀ.—¡Bravo!

(Atraviesa la asamblea GIRI, con el sombrero de BOWL puesto, seguido de algunos gánsteres que llevan grandes latas de petróleo. Se abren paso hasta la salida).

Ui.—Señora Bowl, mi sentido pésame. Esa furia

Infame y despiadada debe cesar, pues de otro modo...

GIVOLÀ.—*(Al ver que los comerciantes empiezan a irse).*

Todavía no ha acabado la reunión. Ahora

Nuestro amigo James Greenwool va a cantar,

En memoria de ese pobre Bowl, y luego

Haremos una colecta para su pobre viuda.

Greenwool es barítono.

(Uno de los GUARDAESPALDAS se adelanta y canta una canción sentimental en la que la palabra «hogar» se repite con frecuencia. Durante la interpretación, los gánsteres permanecen sentados, disfrutando de la música, con la cabeza apoyada en las manos o echados hacia atrás con los ojos cerrados, etc. Los escasos aplausos que se producen al acabar son interrumpidos por los silbatos de la policía y las sirenas de los bomberos. Un ventanal del fondo se enrojece).

ROMA.—¡Fuego en los muelles!

UNA VOZ.—¿Dónde?

UN GUARDAESPALDAS.—*(Entrando).* ¿Hay aquí

Un verdulero llamado Hook?

COMERCIANTE SEGUNDO.—¡Sí! ¿Qué pasa?

EL GUARDAESPALDAS.—Se le está quemando el almacén.

(HOOK se precipita afuera. Algunos lo siguen. Otros miran por la ventana).

ROMA.—¡Alto! ¡Que nadie

Deje la sala! *(Al GUARDAESPALDAS).* ¿Es provocado?

EL GUARDAESPALDAS.—Claro,

Han encontrado las latas de petróleo, jefe.

COMERCIANTE TERCERO.—¡Han pasado con latas por aquí!

ROMA.—*(Furioso).* ¿Cómo?

¿Insinúa que hemos sido nosotros?

UN GUARDAESPALDAS.—*(Metiéndole al hombre la pistola en las costillas).*

¿Con qué

Dice que han pasado por aquí? ¿Con latas?

OTRO GUARDAESPALDAS.—(A otro COMERCIANTE). ¿Has visto tú alguna lata?

LOS COMERCIANTES.—¿Y tú?

—Yo no.

—Yo tampoco.

ROMA.—¡Eso espero!

GIVOLÀ.—(Rápidamente). Ese mismo hombre

Que hace un momento nos decía

Qué tranquilo era el comercio de la coliflor

¡Ve ahora cómo arde su almacén, que una mano perversa

Ha convertido en cenizas! ¿No comprendéis aún?

¿Es que estáis ciegos? ¡Uníos ahora! ¡Inmediatamente!

UI.—(Rugiendo). Muy lejos se ha llegado. ¡Primero asesinatos,

Luego incendios! Bueno, ¡creo que todos

Lo habréis entendido ahora! ¡Esto os amenaza a todos!

(Aparece un letrado).

8

(Proceso por el incendio de los almacenes. PERIODISTAS. EL JUEZ.
EL FISCAL. EL DEFENSOR. EL JOVEN DOGSBOROUGH. GIRI. GIVOLÀ.
DOCKDAISY. GUARDAESPALDAS. VERDULEROS y FISH, el acusado).

a)

(Delante del asiento de los testigos está EMANUELE GIRI, señalando al acusado FISH, que se sienta completamente apático).

GIRI.—(Gritando). ¡Éste es el hombre que, con mano infame

Provocó el incendio! Apretaba aún

La lata de petróleo cuando lo detuve.

¡Levántate cuando te hablo! ¡Levántate!

(Ponen de pie a FISH, que se tambalea).

EL JUEZ.—Acusado, guarde compostura. Está usted ante un tribunal. Se le acusa de incendio premeditado. ¡Piense en todo lo que está en juego!

FISH.—(Balbucea). Arlarlarl.

EL JUEZ.—¿Dónde consiguió las latas de petróleo?

FISH.—Arlarlarl.

(A una señal del JUEZ, un MÉDICO muy elegante, de aspecto siniestro, se inclina sobre FISH, cambiando luego una mirada con GIRI).

EL MÉDICO.—Está simulando.

EL DEFENSOR.—La defensa solicita el dictamen de otro médico.

EL JUEZ.—(Sonriendo). Denegado.

EL DEFENSOR.—Señor Giri, ¿qué hacía usted en el lugar de autos, cuando se produjo el fuego en el almacén del señor Hook que redujo a cenizas veintidós casas?

GIRI.—Estaba dando un paseo para hacer la digestión.

(Algunos GUARDAESPALDAS se ríen. GIRI se ríe también).

EL DEFENSOR.—¿Sabe usted, señor Giri, que el acusado Fish es un obrero sin trabajo, que un día antes del incendio llegó a pie a Chicago, en donde nunca había estado antes?

GIRI.—¿Y qué?

EL DEFENSOR.—¿Es XXXXXX la matrícula de su coche?

GIRI.—Sí.

EL DEFENSOR.—¿Estaba ese coche cuatro horas antes del incendio delante del restaurante de Dogsborough de la calle 87, y fue sacado el acusado Fish de ese restaurante en estado de inconsciencia?

GIRI.—¿Cómo voy a saberlo? Estuve todo el día paseando por Cícero, donde encontré a cincuenta y dos personas que pueden jurar que me vieron.

(LOS GUARDAESPALDAS se ríen).

EL DEFENSOR.—¿No acaba de decir que estaba en Chicago, en las proximidades de los muelles, dando un paseo para hacer la digestión?

GIRI.—¿Tiene algo que objetar a que coma en Cícero y haga la digestión en Chicago?

(Risas fuertes y prolongadas, a las que se suma EL JUEZ. Oscuridad. Un órgano toca la marcha fúnebre de Chopin con ritmo de baile).

b)

(Al volver la luz, el verdulero HOOK está en el asiento de los testigos).

EL DEFENSOR.—¿Ha tenido alguna vez alguna discusión con el acusado, señor Hook? ¿Lo había visto antes?

HOOK.—Nunca.

EL DEFENSOR.—¿Había visto al señor Giri?

HOOK.—Sí, en la sede del Trust de la Coliflor, el día del incendio de mi almacén.

EL DEFENSOR.—¿Antes del incendio?

HOOK.—Inmediatamente antes. Atravesó el local con cuatro hombres que llevaban latas de petróleo.

(*Agitación en el banco de la prensa y entre los GUARDAESPALDAS*).

EL JUEZ.—¡Silencio los periodistas!

EL DEFENSOR.—¿Con qué terrenos linda su almacén, señor Hook?

HOOK.—Con los de la antigua naviera Sheet. Mi almacén se comunica por un pasaje con el patio de la naviera.

EL DEFENSOR.—¿Sabe usted, señor Hook, que el señor Giri vivía en la antigua naviera Sheet y, por lo tanto, tenía acceso a esos terrenos?

HOOK.—Sí, como administrador del depósito.

(*Gran agitación en el banco de la prensa. LOS GUARDAESPALDAS abuchean y adoptan una actitud amenazadora hacia HOOK, EL DEFENSOR y LOS PERIODISTAS. EL JOVEN DOGSBOROUGH se acerca presuroso al JUEZ y le dice algo al oído*).

EL JUEZ.—¡Silencio! Se suspende la vista por indisposición del acusado.

(*Oscuridad. El órgano vuelve a tocar la marcha fúnebre de Chopin como música de baile*).

c)

(*Al volver la luz, HOOK se encuentra en el asiento de los testigos. Está destrozado, tiene un bastón al lado y vendas en la cabeza y en los ojos*).

EL FISCAL.—¿No ve usted bien, señor Hook?

HOOK.—(Con esfuerzo). No señor.

EL FISCAL.—¿Diría que está en condiciones de reconocer a alguien sin lugar a dudas?

HOOK.—No.

EL FISCAL.—¿Reconoce, por ejemplo, a aquel hombre de allí?

(*Señala a GIRI*).

HOOK.—No.

EL FISCAL.—¿Podría decir si lo ha visto alguna vez?

HOOK.—No.

EL FISCAL.—Y ahora una pregunta muy importante, señor Hook. Piénselo bien antes de responder. La pregunta es: ¿linda su almacén con los terrenos de la antigua naviera Sheet?

HOOK.—(Tras una pausa). No.

EL FISCAL.—Eso es todo.

(*Oscuridad. El órgano sigue tocando*).

d)

(*Al volver la luz, DOCKDAISY está en el asiento de los testigos*).

DOCKDAISY.—(Con voz mecánica). Reconozco muy bien al acusado, por su expresión culpable y porque mide un metro setenta. He sabido por mi cuñada que fue visto al mediodía, delante del Ayuntamiento, cuando asesinaron a mi marido, que se disponía a entrar. Llevaba bajo el brazo una ametralladora, y resultaba sospechoso.

(*Oscuridad. El órgano sigue tocando*).

e)

(*Al volver la luz, GIUSEPPE GIVOLÀ está en el asiento de los testigos. No muy lejos de él, su guardaespaldas GREENWOOL*).

EL FISCAL.—Se ha afirmado aquí que, en la sede del Trust de la Coliflor, algunos hombres salieron con latas de petróleo, antes de que se produjera el incendio ¿Qué sabe usted de eso?

GIVOLÀ.—Sólo puede haberse tratado del señor Greenwool.

EL FISCAL.—Señor Givolà, ¿es empleado suyo el señor Greenwool?

GIVOLÀ.—Sí señor.

EL FISCAL.—¿Cuál es su profesión, señor Givolà?

GIVOLÀ.—Florista.

EL FISCAL.—¿Es una profesión en que se hace un consumo exagerado de petróleo?

GIVOLÀ.—(Serio). No, sólo se usa contra los pulgones.

EL FISCAL.—¿Qué hacía el señor Greenwool en las oficinas del Trust de la Coliflor?

GIVOLÀ.—Interpretar una canción.

EL FISCAL.—Entonces no pudo llevar al mismo tiempo latas de petróleo al almacén de Hook.

GIVOLÀ.—Completamente imposible. Además, no es el tipo de incendiario. Es barítono.

EL FISCAL.—Sugiero al tribunal que se permita al testigo Greenwool cantar la hermosa canción que cantó en las oficinas del Trust de la Coliflor mientras se producía el incendio.

EL JUEZ.—El tribunal no lo estima necesario.

GIVOLA.—Protesto. *(Se pone en pie)*.

Es inaudito cómo se excita al pueblo. Jóvenes
De limpia sangre, que sólo hacen algún disparo
A plena luz, son tratados aquí
Como tipos indeseables. Es insultante.

(Risas. Oscuridad. El órgano sigue tocando).

f)

(Al volver la luz, el tribunal da muestras de estar completamente agotado).

EL JUEZ.—La prensa ha insinuado que este tribunal pudiera estar sufriendo determinadas presiones. El tribunal declara que no ha sido objeto de presión alguna por ninguna de las partes y que actúa con plena libertad. Estimo que esta declaración debería ser suficiente.

EL FISCAL.—¡Señoría! Habida cuenta de que el acusado Fish se obstina en simular demencia, este Ministerio Público considera imposible proseguir el interrogatorio. En consecuencia solicita...

EL DEFENSOR.—¡Señoría! ¡El acusado está volviendo en sí!

(Agitación).

FISH.—*(Parece despertar)*. Arlarlalarlaguarlarlaguarla.

EL DEFENSOR.—¡Agua! Señoría, ¡solicito que se proceda a interrogar al acusado Fish!

(Gran agitación).

EL FISCAL.—¡Protesto! Nada indica que ese Fish se encuentre en posesión de sus facultades mentales. ¡Son artimañas de la defensa, sensacionalismo, intentos de influir en la opinión!

FISH.—Aguarl.

(Apoyado por EL DEFENSOR, se pone en pie).

EL DEFENSOR.—¿Puede responder, Fish?

FISH.—Sírl.

EL DEFENSOR.—Fish, diga al tribunal: el 28 del mes pasado, ¿incendió usted un almacén de verdura de los muelles, sí o no?

FISH.—Noguanó.

EL DEFENSOR.—¿Cuándo llegó a Chicago, Fish?

FISH.—Agua.

EL DEFENSOR.—¡Agua!

(Agitación. EL JOVEN DOGSBOROUGH se acerca al JUEZ y le dice algo).

GIRI.—*(Se levanta en toda su estatura y rugie)*. ¡Es una farsa! ¡Mentira!
¡Mentira!

EL DEFENSOR.—*(Señalando a GIRI)*. ¿Ha visto a este hombre alguna vez?

FISH.—Sí. Agua.

EL DEFENSOR.—¿Dónde? ¿Fue en el restaurante de Dogsborough en los muelles?

FISH.—*(En voz baja)*. Sí.

(Gran agitación. LOS GUARDAESPALDAS sacan sus pistolas y abuchean. EL MÉDICO acude corriendo con un vaso. Hace tragar su contenido a FISH, antes de que EL DEFENSOR pueda quitarle el vaso de las manos).

EL DEFENSOR.—¡Protesto! ¡Exijo que se haga analizar ese vaso!

EL JUEZ.—*(Cambiano una mirada con EL FISCAL)*. Solicitud denegada.

DOCDAISY.—*(Gritando a FISH)*. ¡Asesino!

EL DEFENSOR.—¡Señoría!

Se pretende tapan la boca a la verdad
Con un papel, al no poder tapársela con tierra,
Se pone a esta justicia manos arriba
Con una sentencia ~~de~~ Vuestra Señoría.
¡Que sería la de Vuestro Fechoría!
Se pone a esta justicia manos arriba.
¿Debe ver nuestra ciudad, en una semana envejecida
Desde que se defiende gimiendo contra esa
Caterva sangrienta de unos monstruos,
Ver también a la justicia asesinada?
Y no sólo asesinada, sino ultrajada por haberse
Plegado a la violencia... Señoría,
¡Yo pido que esta vista se suspenda!

EL FISCAL.—¡Protesto! ¡Protesto!

GIRI.—¡Cerdo! ¡Cerdo vendido! ¡Mentiroso!

¡Tú eres el que envenena! ¡Sal de aquí
Y te arrancaré las tripas! ¡Criminal!

EL DEFENSOR.—¡Toda la ciudad conoce a ese hombre!

GIRI.—*(Furioso)*. ¡Cállate!

(Cuando EL JUEZ quiere interrumpirlo).

¡Y tú también! ¡Cállate! ¡Si en algo aprecias la vida!

(Como GIRI se queda sin aliento, EL JUEZ consigue tomar la palabra).

EL JUEZ.—¡Silencio, por favor! La Defensa habrá de responder por desacato. Pero el tribunal comprende muy bien la indignación del señor Giri. (Al DEFENSOR). ¡Prosiga!

EL DEFENSOR.—¡Señor Fish! ¿Le dieron de beber en el restaurante de Dogsborough? ¡Fish! ¡Fish!

FISH.—(Dejando caer la cabeza). Arlarlarl.

EL DEFENSOR.—¡Fish! ¡Fish! ¡Fish!

GIRI.—(Rugiendo). ¡Sí, sigue gritando! ¡Pero el neumático se ha pinchado! ¡Ahora veremos quién manda en esta ciudad!

(Se hace la oscuridad en medio de un gran tumulto. El órgano sigue tocando la marcha fúnebre de Chopin con ritmo de baile).

g)

(Al volver la luz por última vez, EL JUEZ se pone en pie y da lectura a la sentencia con voz monótona. FISH, el acusado, está blanco como la pared).

EL JUEZ.—Se condena a Charles Fish, como autor de un delito de incendio intencionado, a la pena de cinco años de prisión.

(Aparece un letrado).

9

a)

(Cícero. De un camión acribillado a balazos sale una mujer cubierta de sangre, que avanza tambaleándose).

LA MUJER.—¡Socorro! ¡No os vayáis! ¡Vosotros sois testigos! ¡Han asesinado a mi marido en el camión! ¡Auxilio! Tengo el brazo destrozado... ¡Y también lo está el camión! Necesito un trapo para el brazo... ¡Nos matan como si espantaran moscas de un vaso de cerveza! ¡Dios mío! ¡Ayudadnos! No hay nadie... ¡Mi marido! ¡Asesinos! ¡Pero yo sé quién ha sido! ¡Es él! ¡Es Ui! (Furibunda). ¡Monstruo! ¡Escoria de escorias! ¡Inmundicia que espanta a la inmundicia, y no sabe cómo podrá limpiarse! ¡Piojo del último piojo! ¡Y todos lo toleran! ¡Y a nosotros nos matan! ¡Es Ui! ¡Arturo Ui!

(Muy cerca tabletea una ametralladora, y LA MUJER se desploma).

¡Ui y los suyos!

¿Dónde estáis? ¡Socorro! ¿Quién podrá detener a esa plaga?

b)

(Chalé de Dogsborough. Hacia el amanecer. DOGSBOROUGH escribe su testamento y confesión).

DOGSBOROUGH.—Y así es como yo, el honorable Dogsborough, Después de haber vivido ochenta inviernos con honor, Consentí en todo aquello que esa banda Sanguinaria maquinó y perpetró. ¡Mundo atroz! Oigo decir a quienes antes me conocían Que yo no sabía nada y que, de haberlo sabido, No lo hubiera tolerado. Pero lo sé todo. Sé quién incendió el almacén de Hook. Sé quién secuestró y drogó al pobre Fish. Sé que Roma estaba junto a Sheet, cuando éste murió en un charco de sangre, con su pasaje de barco. Sé que Giri asesinó a ese Bowl Al mediodía, en el Ayuntamiento, porque Sabía demasiado del honorable Dogsborough. Sé que mató a Hook, y lo vi con su sombrero. Sé de Givolà los cinco asesinatos, que luego explico Con detalle, y lo sé todo de Ui y sé que él Lo sabe todo, desde la muerte de Sheet y la de Bowl, Hasta los crímenes de Givolà y lo del incendio. Yo sabía todo eso y todo eso toleré, Yo, vuestro honorable Dogsborough, por ansia De riquezas y por miedo a que se dudase de mi honradez.

10

(Hotel Mammoth. Suite de Ui. Ui está en un hondo butacón, mirando al vacío. GIVOLÀ está escribiendo algo, y DOS GUARDAESPALDAS miran sonriendo irónicamente por encima de su hombro).

GIVOLÀ.—Por eso yo, Dogsborough, dejo al bueno Y laborioso Givolà mi restaurante, al valiente aunque fogoso Giri éste mi chalé Y al honrado Roma, mi hijo. Os pido

Que Giri sea nombrado juez y Roma,
 Jefe de policía, y en cambio mi Givolà
 defensor del pueblo. Os recomiendo vivamente
 A Arturo Ui para mi propio puesto, porque
 Es digno de él. ¡Creed a vuestro anciano
 Y honorable Dogsborough! —Creo que ya basta.
 Y confío en que reviente pronto. El testamento
 Hará milagros. Desde que saben que se muere
 Y pueden confiar en enterrar al viejo
 Con decencia, todos se afanan
 Por lavar su cadáver. Hace falta una lápida
 Con una bella inscripción. La especie de los cuervos
 Vive desde antiguo de la buena fama
 De un famoso cuervo blanco, al que
 Se ha visto alguna vez en algún lado.
 El viejo es para ellos ese cuervo blanco
 Y vuestro cuervo blanco tiene ahora ese aspecto.
 Por cierto, jefe, Giri lo visita demasiado
 Para mi gusto. No me parece bien.
 Ui.—(*Iracundo*). ¿Giri? ¿Qué pasa con Giri?
 GIVOLÀ.—Sólo digo
 Que ronda demasiado a Dogsborough.
 Ui.—No me fío de él.

(*Entra GIRI, con un nuevo sombrero puesto, el de HOOK*).

GIVOLÀ.—¡Tampoco yo! Querido Giri,
 ¿Qué tal la apoplejía de Dogsborough?
 GIRI.—No deja
 Entrar al médico.
 GIVOLÀ.—¿A nuestro buen doctor
 Que tan bien trató a Fish?
 GIRI.—No dejaré que entre
 Otro. Ese viejo habla demasiado.
 Ui.—Quizá se habla demasiado delante de él...
 GIRI.—¿Qué quieres decir? (*A GIVOLÀ*). ¿Ya has vuelto, bestia apestosa,
 A esparcir tu mal olor?
 GIVOLÀ.—(*Preocupado*). ¡Lee el testamento,
 Mi querido Giri!
 GIRI.—(*Arrebatándoselo*). ¿Qué? ¿Roma jefe de policía?
 ¿Estáis locos?
 GIVOLÀ.—Lo exige. Yo también estoy
 En contra, Giri. Por desgracia, en nuestro Roma
 No se puede confiar.

(*Entra ROMA, seguido de GUARDAESPALDAS*).

GIVOLÀ.—¡Hola, Roma!
 ¡Lee este testamento!
 ROMA.—(*Arrebatándoselo a GIRI*). ¡Dame! Ah, Giri
 Será juez. ¿Y dónde está el papelucho del viejo?
 GIRI.—Todavía lo tiene y trata de sacarlo a escondidas.
 Ya he descubierto a su hijo cinco veces intentándolo.
 ROMA.—(*Alarga la mano*). Dámelo, Giri.
 GIRI.—¿Qué? Yo no lo tengo.
 ROMA.—Sí que lo tienes, cerdo. (*Se enfrentan furiosos*). Sé lo que planeas.
 Lo del asunto de Sheet me afecta a mí.
 GIRI.—¡También
 A mí me afecta el asunto Bowl!
 ROMA.—Claro.
 Pero vosotros sois rufianes y yo soy un hombre.
 Te conozco, Giri, ¡y a ti, Givolà, también!
 No te creería ni tu pata coja.
 ¿Por qué os encuentro siempre aquí? ¿Qué maquináis?
 ¿Qué te murmuran sobre mí al oído, Arturo?
 ¡No vayáis demasiado lejos! Si me entero de algo,
 ¡Os borraré a todos como manchas de sangre!
 GIRI.—¡No me hables como a un asesino a sueldo!
 ROMA.—(*A LOS GUARDAESPALDAS*). ¡Se refiere a vosotros! Así se habla ahora
 de vosotros
 En el cuartel general! ¡Asesinos a sueldo!
 Ellos se sientan con los señores del Trust de la Coliflor...
 (*Señalando a GIRI*). Esa camisa de seda es del sastre de Clark..., pero
 vosotros
 Hacéis su trabajo sucio (*A Ui*), y tú lo toleras.
 Ui.—(*Como si despertara*). ¿Qué es lo que yo tolero?
 GIVOLÀ.—¡Que ordene disparar contra
 Los camiones de Caruther! Caruther es del Trust.
 Ui.—¿Habéis disparado contra los camiones de Caruther?
 ROMA.—Eso fue sólo un acto caprichoso
 De algunos de los míos. Los muchachos
 No comprenden a veces por qué han de ser siempre
 Los pobres diablos los que suden sangre
 Y no los mayoristas también. ¡Maldita sea,
 Ni yo mismo lo comprendo a veces, Arturo!
 GIVOLÀ.—El Trust está furioso.
 GIRI.—Clark dijo ayer
 Que sólo esperan a que vuelva a repetirse.
 Por eso estaba ayer con Dogsborough.

UI.—(*De mal humor*). Ernesto,
Eso no debe ocurrir más.

GIRI.—Jefe, ¡tienes que imponerte!
¡Si no, los muchachos te desbordarán!

GIVOLÀ.—¡El Trust está furioso, jefe!

ROMA.—(*Sacando la pistola, a los dos*). Bueno. ¡Manos arriba!
(A LOS GUARDAESPALDAS DE ELLOS). ¡Y vosotros también!
¡Todos manos arriba y pocas bromas!
¡Contra la pared!

(GIVOLÀ, su gente y GIRI levantan las manos y retroceden con desgana hasta la pared).

UI.—(*Sin tomar partido*). ¿Pero qué pasa? Ernesto,
¡No me los pongas nerviosos! ¿Por qué os peleáis?
¡Unos disparos contra un camión de verdura! Algo así
Se puede arreglar. Por lo demás, todo va
Como la seda y reina un orden perfecto.
El incendio fue un éxito. Las verdulerías pagan.
¡Un treinta por ciento por algo de protección! En menos
De una semana hemos puesto de rodillas a un barrio
Entero de la ciudad. Ya no se levanta un dedo
Contra nosotros. Y tengo otros planes
Mucho más grandiosos aún.

GIVOLÀ.—(*Rápidamente*). ¡Me gustaría saber cuáles!

GIRI.—¡A la mierda los planes! ¡Haz que pueda
Bajar los brazos!

ROMA.—Sería mejor, Arturo,
¡Que los dejáramos con los brazos en alto!

GIVOLÀ.—¡Qué bonito
Si entrase Clark y nos viera así!

UI.—Ernesto, ¡guarda esa pistola!

ROMA.—Yo pienso.

Despierta, Arturo. ¿No ves cómo
Juegan contigo? ¿Cómo te distraen
Con ese Clark y ese Dogsborough? «¡Si entrase
Clark y nos viera así!». ¿Donde está el dinero
De la naviera? Nosotros no lo hemos visto.
Los muchachos disparan a las tiendas y llevan
Latas a los almacenes mientras suspiran: Arturo
No nos conoce ya a los que lo dimos todo por él.
Se las da de naviero y gran señor.

¡Despierta, Arturo!

GIRI.—Sí, escupe
Y dínos con quién estás.

UI.—(*Dando un salto*). ¿Queréis ponerme
A mí la pistola al pecho? No, con eso
No conseguiréis nada. Así no. Quien
Me amenace, sólo podrá culparse a sí mismo
De lo que le ocurra. Yo soy un hombre tranquilo
Pero no aguanto amenazas. Quien no confíe en mí
Ciegamente, que siga su camino. Y en eso
No hay cálculo que valga. Mi lema es
¡Cumplir con el deber hasta el final!
Y soy yo quien dice lo que cada uno gana: ¡porque se gana
Después de trabajar! ¡Lo que yo exijo de vosotros
Es confianza y nada más que confianza!
¡Os falta la fe! Y cuando la fe falta,
Todo se acaba. ¿Por qué he podido hacer todo esto,
qué creéis? ¡Porque tenía fe!
Porque creía fanáticamente en la causa.
Y con la fe, nada más que con la fe,
Vine a esta ciudad y la he obligado
A hincarse de rodillas. Con mi fe fui a ver
A Dogsborough, y con mi fe llegué
Al Ayuntamiento. En las manos no tenía otra cosa
que una fe absolutamente inquebrantable.

ROMA.—¡Y una pistola!

UI.—No. Ésa la tienen otros también.

Pero lo que no tienen es una fe firme
En que están predestinados a ser jefes. ¡Y vosotros
Debéis creer también en mí! ¡Creer en mí, creer!
En que quiero lo mejor para vosotros y sé
Lo que es mejor. Y así encontraré el camino
Que nos llevará a la victoria. Si Dogsborough
Muriera, yo seré quien decida
Quién será quién aquí. Sólo puedo deciros
Una cosa: que quedaréis satisfechos.

GIVOLÀ.—(*Llevándose la mano al pecho*). ¡Arturo!

ROMA.—(*Malhumorado*). ¡Largaos!

(GIRI, GIVOLÀ y LOS GUARDAESPALDAS de Givolà salen lentamente, con las manos en alto).

GIRI.—(*Al salir, a ROMA*). Tu sombrero me gusta.

GIRI.—(*Al salir*). Querido Roma...

ROMA.—¡Ah!

No te olvides de la risa, payaso Giri, y tú,
Givolà ladrón, ¡llévate tu pata coja
Aun que seguramente es también robada!

(Cuando han salido, Ui vuelve a sumirse en sus cavilaciones).

Ui.—¡Déjame solo!

ROMA.—(Sin moverse). Arturo, si no tuviera precisamente

Esa fe en ti de que hablabas, no sabría cómo

Mirar a la cara a los muchachos.

¡Tenemos que actuar! ¡Enseguida! ¡Ese Giri

Está proyectando cerdadas!

Ui.—¡Ernesto! Tengo

Planes nuevos y grandiosos. ¡Olvídate de Giri!

Como a mi más viejo amigo, Ernesto,

Y mi lugarteniente fiel, quiero explicarte ahora

Mi nuevo plan, muy avanzado ya.

ROMA.—(Radiante). ¡Cuéntame! Lo que tengo que decirte

Con respecto a Giri, puede esperar.

(Se sienta a su lado. Sus hombres aguardan de pie en un rincón).

Ui.—Hemos acabado

Con Chicago. Ahora quiero más.

ROMA.—¿Más?

Ui.—No sólo aquí hay negocios de verduras.

ROMA.—No.

Pero, ¿cómo meterse allí?

Ui.—Por la puerta grande.

Y por la de atrás. Y por las ventanas.

Rechazados y buscados, llamados y proscritos.

Con amenazas y ruegos, súplicas e insultos.

Con una violencia suave y un abrazo de hierro.

O sea, como aquí.

ROMA.—Pero en otro lugar será distinto.

Ui.—Pienso hacer un ensayo general en regla,

En una ciudad pequeña. Entonces se verá

Si en otras partes es distinto, lo que no creo.

ROMA.—¿Y dónde quieres hacer ese ensayo general?

Ui.—En Cícero.

ROMA.—Pero si ahí está Dullfeet,

Con su diario para los comerciantes de verduras

Y su grupo de resistencia, que todos los sábados

Me reprocha la muerte de Sheet.

Ui.—Debe cesar.

ROMA.—Podría.

Un periodista así tiene enemigos. Lo negro impreso

Hace ver rojo a muchos. Yo por ejemplo. Sí,

Creo que los insultos podrían terminar, Arturo.

Ui.—Tienen que terminar muy pronto. El Trust negocia ya
Con Cícero. Primero queremos vender pacíficamente
coliflor.

ROMA.—¿Quién está negociando?

Ui.—Clark.

Pero tiene dificultades. Por nosotros.

ROMA.—Ah. De manera que está Clark también. No confío
En absoluto en él.

Ui.—En Cícero se dice

Que seguimos al Trust de la Coliflor como su sombra.

Quieren coliflor. Pero no nos quieren a nosotros.

Los verduleros se asustan y no son sólo ellos:

La mujer de Dullfeet tiene en Cícero,

Hace muchos años, un negocio de importación

Y se dedicaría con gusto a la coliflor.

Si no fuera por nosotros, ya estaría ella allí.

ROMA.—Entonces, el plan de conquistar Cícero

¿No es tuyo? ¿Es sólo un plan del Trust?

Arturo, ahora lo entiendo todo. ¡Todo!

Está claro lo que se trama.

Ui.—¿Dónde?

ROMA.—¡En el Trust!

¡En el chalé de Dogsborough! ¡Su testamento!

¡Es el Trust quien se lo dicta! Quieren la anexión

De Cícero. Tú les estorbas. ¿Pero cómo

Apartarte? Los tienes en tus manos:

Te utilizaron en sus porquerías

Y te aguantan por lo que hiciste.

¿Y ahora, qué hacer contigo? Bueno, ¡Dogsborough, confiesa!

El viejo baja a su fosa penitente.

En torno, conmovido, allí está el Trust.

Y, quitándole de los dedos el papel, lo lee

A los periodistas, sollozando: cómo lo lamenta

El viejo y los exhorta a eliminar la peste

Por él mismo introducida, lo confiesa... y a volver

Al viejo y honrado negocio de la coliflor.

Ése es el plan, Arturo. Allí están todos.

Giri, que ha hecho garrapatear el testamento

Y es íntimo amigo de Clark,

El cual tiene problemas en Cícero por nosotros

Y no quiere que le hagamos sombra al amontonar dinero.

Givolà, que husmea la carroña... Ese Dogsborough,

El viejo, honorable Dogsborough, que emborriona

Traidores papeluchos que te cubren

De mierda, es el que debe desaparecer primero, porque si no,
¡Se irá al diablo tu plan de Cícero!

UI.—¿Crees que es una conspiración? Es cierto, no me dejaron
Acercarme a Cícero. Me sorprendió.

ROMA.—Te ruego, Arturo, ¡que me dejes a mí arreglar
Este asunto! Escúchame: hoy mismo
Me paso con mis muchachos por el chalé de Dogsborough,
Saco al viejo, le digo que va a la clínica y lo deposito
En el cementerio. Y se acabó.

UI.—Pero Giri
Está en el chalé.

ROMA.—Y puede quedarse
Allí. (*Se miran*). Será una verdadera purga.

UI.—¿Y Givolà?

ROMA.—Lo visitaré a la vuelta. Y encargaré
Grandes coronas en su floristería
Para Dogsborough. Y para el gracioso Giri.
Al contado.

(*Muestra su pistola*).

UI.—Ernesto, ese plan infame
De los Dogsborough, Clark y Dullfeet para
Dejarme fuera del negocio en Cícero,
Tachándome fríamente de criminal
Debe ser desbaratado. Confío
En ti.

ROMA.—Puedes confiar. Pero tienes que estar
Antes de que los muchachos vayan, y animarlos,
Para que vean las cosas como son. Pronunciar
Discursos no es mi fuerte.

UI.—(*Estrechándole la mano*). De acuerdo.

ROMA.—¡Ya lo sabía, Arturo! Que así y no de otra manera
Tendrías que tomar tu decisión. ¡De nuevo los dos juntos!
¡Tú y yo, como en los viejos tiempos! (*A sus hombres*).
¡Arturo está con nosotros! ¿Qué os había dicho yo?

UI.—Iré.

ROMA.—A las once.

UI.—¿Dónde?

ROMA.—En la cochera.

Soy otro hombre: ¡Por fin hacemos algo!

(*Sale deprisa con sus hombres. Ui, paseando de un lado a otro,
prepara el discurso que quiere pronunciar ante los hombres de
ROMA*).

UI.—¡Amigos! Lamentablemente ha llegado
A mis oídos que se trama a mis espaldas
La peor de las traiciones. Personas
Muy allegadas, en las que confiaba
Plenamente, se han confabulado y,
Enloquecidas de ambición, por naturaleza
Codiciosas y desleales, decidieron,
Aliadas al Trust de la Coliflor... No, eso no...
Aliadas... ¿con quién? Ya está: con la policía,
Liquidaros fríamente. ¡He sabido que incluso
Quiere atentar contra mi vida! Pero mi indulgencia
Se ha agotado. Por ello ordeno que,
Bajo la dirección de Ernesto Roma, que tiene
Mi confianza plena, esta misma noche...

(*Entran CLARK, GIRI y BETTY DULLFEET*).

GIRI.—(*Al ver que Ui parece asustado*). ¡Somos nosotros, jefe!

CLARK.—Ui, le presento a la señora Dullfeet, de Cícero.

El Trust quiere que escuche a la señora
Para llegar a un acuerdo.

UI.—(*Sombrió*). Por favor.

CLARK.—En las negociaciones de fusión entre
El Trust de la verdura de Chicago y Cícero,
Ha habido, como sabe, algunas reservas
Por parte de Cícero con respecto a usted.
El Trust ha conseguido finalmente disipar
Esas reservas, y la señora Dullfeet viene...

SEÑORA DULLFEET.—Para aclarar el equívoco. En nombre
También de mi marido, el señor Dullfeet, yo quisiera
Subrayar que su reciente campaña periodística
No iba contra usted, señor Ui.

UI.—Entonces, ¿contra quién?

CLARK.—Está bien, Ui, para ser francos: El «suicidio»
De Sheet cayó muy mal en Cícero. El hombre,
Fuese lo que fuese, era un naviero,
De cierta posición y no un cualquiera,
Un don nadie que no preocupa a nadie y del que
Nadie dice nada. Y otra cosa: la cochera
De Caruther se queja de que uno de sus camiones
Resultó dañado. Y en ambos casos, Ui,
Alguno de sus hombres intervino.

SEÑORA DULLFEET.—Hasta un niño sabe en Cícero que la coliflor
Del Trust tiene sabor a sangre.

UI.—Qué desvergüenza.

SEÑORA DULLFEET.—No, no es contra usted. Después de responder
El señor Clark, ya no lo es. Es sólo
Ernesto Roma.

CLARK.—(*Rápidamente*). ¡Tranquilo, Ui!

GIRI.—Cícero...

UI.—No quiero oír más. ¿Pero quién creéis que soy?
¡Basta! ¡Basta! Ernesto Roma es hombre mío.
No dejaré que se me imponga a quién
Debo tener conmigo. Es una ofensa
Que no puedo consentir.

GIRI.—¡Jefe!

SEÑORA DULLFEET.—Ignatius Dullfeet
Luchará contra hombres como Ernesto Roma,
Hasta su último aliento.

CLARK.—(*Fríamente*). Con razón.

Y en eso el Trust lo apoyará.

Ui, sea sensato. La amistad y los

Negocios son cosas diferentes. ¿Qué me dice?

UI.—(*Igualmente frío*). Señor Clark, no tengo nada que decir.

CLARK.—Señora Dullfeet, mucho lamento

Que la conversación termine de este modo.

(*Al salir, a Ui*). Muy poco inteligente, Ui.

(*Ui y GIRI, que se han quedado solos, no se miran*).

GIRI.—Después del golpe a la flota de camiones de Caruther,
Significa la guerra, eso está claro.

UI.—Yo no temo la guerra.

GIRI.—¡Está bien, no la temas! Pero enfrente
tendrás no sólo al Trust sino a la prensa, a Dogsborough
y sus secuaces y a la ciudad entera!

Jefe, escucha a la razón y no te dejes...

UI.—No me des consejos. Conozco mi deber.

(*Aparece un letrado*).

11

(*Cochera. Noche. Se oye llover. ERNESTO ROMA y el joven INNA.
Al fondo, pistoleros*).

INNA.—Es la una.

ROMA.—Lo habrán entretenido.

INNA.—¿Podría ser que vacilara?

ROMA.—Podría ser.

Arturo quiere tanto a los suyos

Que prefiere sacrificarse antes que ellos.

Ni siquiera es capaz de eliminar a ratas

Como Giri y Givolà. Por eso remolonea

Luchando consigo mismo, y puede tardar dos horas,

Quizá tres. Pero vendrá. Eso está claro.

Lo conozco, Inna. (*Pausa*). Cuando vea a ese Giri

En el suelo, me sentiré tan bien como

Si hubiera orinado. Y eso será pronto.

INNA.—Estas noches lluviosas

Atacan los nervios.

ROMA.—Por eso me gustan.

De las noches, las más negras.

De los coches, los más veloces.

Y de los amigos, los más

Audaces.

INNA.—¿Cuántos años hace ya

Que lo conoces?

ROMA.—Unos dieciocho.

INNA.—Eso es mucho.

UN PISTOLERO.—(*Adelantándose*). Los muchachos quieren algo de beber.

ROMA.—No.

Esta noche los necesito serenos.

(*LOS GUARDAESPALDAS traen a UN HOMBRECILLO*).

EL HOMBRECILLO.—(*Sin aliento*). ¡Se va armar jaleo!

¡Dos coches blindados ante la comisaría!

¡Y están repletos de polis!

ROMA.—¡Bajad esa persiana!

No tienen nada que ver con nosotros, pero

Más vale prevenir que curar.

(*Bajan lentamente la persiana de acero de la puerta de la cochera*).

ROMA.—¿Está libre el paso?

INNA.—(*Asiente*). Es curioso el tabaco. El que fuma parece tranquilo.

Y si se hace lo que hace el que está tranquilo

Y se fuma, se tranquiliza uno.

ROMA.—(*Sonriendo*). ¡Extiende la mano!

INNA.—(*Lo hace*). Me tiembla. Malo.

ROMA.—Eso no es malo.

Los bueyes no me gustan. Son insensibles.

Nada les hace daño, ni hacen daño a nadie.
Eso no es serio. ¡Tiembla sin miedo! También la aguja
De acero de la brújula tiembla antes de
Detenerse. Tu mano quiere saber dónde
Está el norte. Eso es todo.

UNA VOZ.—(*Desde un costado*). ¡Un coche
De policía por Churchstreet!

ROMA.—(*Cortante*). ¿Se ha detenido?

LA VOZ.—Sigue adelante.

UN PISTOLERO.—(*Entrando*). ¡Dos coches doblan la esquina con las luces
apagadas!

ROMA.—¡Van contra Arturo! ¡Givolà y Giri quieren
Liquidarlo! ¡Y él corre a ciegas hacia la trampa!
¡Vamos a su encuentro, vamos!

UN PISTOLERO.—Es un suicidio.

ROMA.—Aunque lo fuera, hora es ya de suicidarse.
¡Dios! ¡Dieciocho años de amistad!

INNA.—(*Con voz clara*). ¡Levantad la persiana!
¿Tenéis lista la chatarra?

UN PISTOLERO.—Lista.

INNA.—¡Arriba!

(*La persiana blindada sube lentamente y entran con paso rápido
UI y GIVOLÀ, seguidos de GUARDAESPALDAS*).

ROMA.—¡Arturo!

INNA.—(*En voz baja*). Sí, ¡con Givolà!

ROMA.—¿Qué pasa? Hemos sudado sangre por ti, Arturo. (*Se ríe fuerte*).
¡Diablos! ¿Todo está bien?

UI.—(*Roncamente*). ¿Y por qué no iba a estar bien?

INNA.—Pensamos que algo habría salido mal. Le puedes dar
La mano tranquilamente, jefe. Estaba a punto de meternos
En un jaleo por ti. ¿No es verdad?

(*UI se acerca a ROMA y le tiende la mano. ROMA se la estrecha
riendo. En ese momento, cuando le sería imposible echar mano a su
pistola, GIVOLÀ, disparando desde la cadera, lo fulmina*).

UI.—¡Llévalos a ese rincón!

(*Los hombres de Roma, desconcertados, son empujados a un rin-
cón, con INNA a la cabeza. GIVOLÀ se inclina sobre ROMA, que yace
en el suelo*).

GIVOLÀ.—Todavía resuella.

UI.—Remátalo. (*A los que están junto a la pared*).
Se ha descubierto vuestra conspiración infame.
Y se ha sabido también vuestro plan
Contra Dogsborough. Pero yo me he adelantado
En el último momento. Es inútil que resistáis.
¡Ya os enseñaré a rebelaros contra mí!
¡Qué bonita redada!

GIVOLÀ.—¡Ni uno solo desarmado! (*Hablando de ROMA*).
Está volviendo en sí. No tiene suerte.

UI.—Esta noche estaré en el chalé de Dogsborough. (*Sale rápidamente*).

INNA.—(*Contra la pared*). ¡Ratas inmundas! ¡Traidores!

GIVOLÀ.—(*Encolerizado*). ¡Disparad!

(*Los que están junto a la pared son abatidos por las ametralla-
doras*).

ROMA.—(*Volviendo en sí*). ¡Givolà! Diablos. (*Se vuelve penosamente, con la
cara blanca como la pared*). ¿Qué ha pasado aquí?

GIVOLÀ.—Nada.

Unos cuantos traidores ejecutados.

ROMA.—¡Cerdo!

¿Qué has hecho con mi gente? (GIVOLÀ no responde).

¿Y Arturo? ¡Asesinado! ¡Lo sabía! ¡Cerdo!

(*Buscándolo en el suelo*). ¿Dónde está?

GIVOLÀ.—Se ha ido.

ROMA.—(*Mientras lo arrastran contra la pared*). ¡Cerdos! ¡Cerdos!

GIVOLÀ.—(*Fríamente*). Tengo una pierna más corta, ¿verdad? ¡Pues tú la
inteligencia!

¡Ponte ahora con tus piernas sanas contra la pared!

(*Aparece un letrero*).

12

(*Floristería de Givolà. Entran IGNATIUS DULLFEET, un hombre de
estatura no mayor que la de un muchacho, y BETTY DULLFEET*).

DULLFEET.—No quiero hacerlo.

BETTY.—¿Por qué no? Ese Roma
Ya no está.

DULLFEET.—Lo han matado.

BETTY.—¡Da igual! Ya no está.

Clark dice de UI que han terminado esos años locos

Y tempestuosos que hasta los mejores tienen que pasar.
 Ui ha demostrado que quiere dejar ahora
 El tono brusco. Continuar con tus ataques
 Sólo despertaría de nuevo
 Sus malos instintos, y tú mismo, Ignatius, serías
 El primero en peligrar. Pero si te estás callado
 Te dejarán en paz.

DULLFEET.—No estoy nada seguro
 De que sea mejor callar.

BETTY.—Claro que sí. No son bestias.

(Entra por un costado GIRI, con el sombrero de ROMA puesto).

GIRI.—Hola, ¿estáis ya aquí? El jefe anda por ahí dentro.
 Estará encantado. Por desgracia, yo tengo que irme.
 Y deprisa. Antes de que me vean aquí:
 Acabo de robarle a Givolà un sombrero.

(Se ríe tanto que se desprenden las molduras del techo, y sale saludando).

DULLFEET.—Malo es cuando gruñen, pero peor cuando se ríen.

BETTY.—¡No hables, Ignatius! ¡No aquí!

DULLFEET.—*(Amargamente)*. Ni aquí ni en ningún lado.

BETTY.—¿Qué vas a hacer? Se dice

Ya en Cícero que Ui pasará a ocupar
 El puesto del difunto Dogsborough.
 Y, lo que es peor, que los verduleros se acercan
 Al Trust de la Coliflor.

DULLFEET.—Y a mí me han
 Destrozado ya dos rotativas. Mujer,
 Tengo un mal presentimiento.

(Entran GIVOLÀ y Ui con la mano tendida).

BETTY.—¡Hola, Ui!

Ui.—¡Bienvenido, Dullfeet!

DULLFEET.—Sinceramente,

Señor Ui, dudaba si venir, ya que...

Ui.—¿Qué dice?

Un hombre valiente es siempre bienvenido.

GIVOLÀ.—¡Y también una mujer hermosa!

DULLFEET.—Señor Ui,

A veces he considerado mi deber
 Atacarlo y...

Ui.—¡Malentendidos!

Si desde un principio nos hubiéramos conocido
 Nunca habría ocurrido eso. Mi deseo
 Ha sido llegar siempre por las buenas
 A todo lo que habría que llegar alguna vez.

DULLFEET.—La violencia...

Ui.—... Nadie la aborrece más que yo.

Sería innecesaria si el hombre fuera razonable.

DULLFEET.—Mi objetivo...

Ui.—... Es exactamente el mío.

Los dos queremos que el comercio medre.
 Los modestos verduleros, cuya suerte
 No es precisamente envidiable en estos tiempos,
 Deben poder vender tranquilamente su verdura.
 Y ser protegidos de cualquier ataque.

DULLFEET.—*(Firmemente)*. Y poder decidir libremente si quieren protección.
 Eso es para mí, señor Ui, lo principal.

Ui.—Y para mí.

Deben elegir con libertad. ¿Por qué? Porque sólo
 Si eligen libremente a un protector y así
 Dan la responsabilidad a alguien
 De su elección podrá reinar esa confianza
 Que tan necesaria es en el comercio de verduras
 Como en todas partes. Siempre he insistido en ello.

DULLFEET.—Me alegra oírlo de sus labios.

Aunque quizá no le agrade, Cícero
 Nunca toleraría la coacción.

Ui.—Es comprensible.

Nadie soporta, sin necesidad, la coacción.

DULLFEET.—Francamente:

Si la fusión con el Trust de la Coliflor
 Significara que con ella vendría también
 Toda esa horda de ratas sanguinarias que
 Azota a Chicago, yo no podría aprobarla.

(Pausa).

Ui.—Señor Dullfeet. Franqueza por franqueza.

Pueden haber ocurrido en el pasado algunas cosas
 Que no concuerden con los más severos
 Criterios de moralidad. En la lucha
 Ocurren ciertas cosas. Pero entre amigos
 Eso no pueden suceder. Dullfeet, lo que yo quiero
 De usted es sólo que confíe en mí

En el futuro, y que vea en mí a un amigo
Que nunca deja a un amigo en la estacada.
Y quiero que usted, para ser más concretos,
Deje de publicar en su periódico
Esos cuentos terroríficos que sólo crean
Resentimientos. No me parece mucho.

DULLFEET.—Señor Ui, no es
Difícil no hablar de lo que nunca
Ocurre.

Ui.—Eso espero. Y si de vez en cuando
Se produjera algún mínimo incidente
Porque el hombre es hombre y no un ángel,
Confío en que no se diga enseguida
Que mis muchachos andan a tiros como criminales.
Tampoco pretendo que no sea posible
Que a alguno de nuestros rudos conductores
Se le escape una palabrota alguna vez. Es humano.
Y si este verdulero o aquel otro
Invita a una cerveza alguna vez a un hombre nuestro
Para que las coles lleguen fiel y puntualmente,
Que no digan tampoco que se exige
Nada que sea inmoral.

BETTY.—Señor Ui,
Mi marido es realmente muy humano.

GIVOLÀ.—Y conocido como tal.
Y como, con calma, se ha hablado de todo
Y, entre amigos, se ha aclarado por completo,
Me gustaría enseñarles yo mis flores...

Ui.—Después de usted, Dullfeet.

(Visitan la floristería de GIVOLÀ. Ui acompaña a BETTY y GIVOLÀ a DULLFEET. En la escena que sigue, van apareciendo y desapareciendo entre los arreglos florales. Aparecen primero GIVOLÀ y DULLFEET).

GIVOLÀ.—Éstos, Dullfeet, son robles japoneses.

DULLFEET.—Veo que crecen junto a estanques siameses.

GIVOLÀ.—Donde comen miguitas los peces de colores.

DULLFEET.—A los malos, se dice, no les gustan las flores.

(Desaparecen. Aparecen Ui y BETTY).

BETTY.—El hombre, cuando es fuerte, sin violencia es más fuerte.

Ui.—El hombre sólo escucha si le ronda la muerte.

BETTY.—Un buen razonamiento puede obrar maravillas.

Ui.—Al que sale perdiendo, lo saca de sus casillas.

BETTY.—La pistola y la fuerza, el engaño a la vista...

Ui.—A mí sólo me interesa la política realista.

(Desaparecen. Aparecen GIVOLÀ y DULLFEET).

DULLFEET.—Las flores no conocen los bajos instintos.

GIVOLÀ.—Por eso a mí me gustan, porque somos distintos.

DULLFEET.—Hoy viven tranquilas pero mueren mañana.

GIVOLÀ.—*(Maliciosamente)*. Sin disgustos. Sin prensa... Sin envidia humana.

(Desaparecen. Aparecen Ui y BETTY).

BETTY.—Se dice, señor Ui, que es usted espartano.

Ui.—El alcohol y el tabaco son para mí algo insano.

BETTY.—¿No será acaso, en el fondo, un verdadero santo?

Ui.—Los placeres a mí me producen espanto.

(Desaparecen. Aparecen GIVOLÀ y DULLFEET).

DULLFEET.—Qué bello es vivir, rodeado de rosas.

GIVOLÀ.—Sería muy bello ¡si no hubiera otras cosas!

(Desaparecen. Aparecen Ui y BETTY).

BETTY.—¿Y de la religión, qué opina, señor Ui?

Ui.—Soy cristiano. No sé si le basta.

BETTY.—Sí.

¿Pero los Diez Mandamientos, que todos debemos...?

Ui.—¡Es mejor que con la vida no los mezclemos!

BETTY.—Perdóneme que insista, y no le parezca mal:

Pero ¿qué piensa usted de la cuestión social?

Ui.—Lo social me preocupa, como puede usted ver:

También los más ricos aprovechan mi poder.

(Desaparecen. Aparecen GIVOLÀ y DULLFEET).

DULLFEET.—Dicen que las flores viven también aventuras.

GIVOLÀ.—¡Claro que sí! ¡En sepulturas y sepulturas!

DULLFEET.—Oh, olvidaba que con flores se gana la vida.

GIVOLÀ.—En efecto. Y la muerte es, con mucho, mi cliente preferida.

DULLFEET.—Espero que no dependa de ella por completo.

GIVOLÀ.—No si la gente me guarda el debido respeto.

DULLFEET.—Con violencia, Givolà, no alcanzamos honores.

GIVOLÀ.—Pero sí nuestros fines. Se lo decimos con flores.

DULLFEET.—Sin duda...

GIVOLÀ.—Está pálido.

DULLFEET.—Es el ambiente.

GIVOLÀ.—No soporta este aroma. Eso es evidente.

(Desaparecen. Aparecen UI y BETTY).

BETTY.—Ahora que se entienden, estoy encantada.

UI.—Lo que importa es que entiendan cuál es la jugada...

BETTY.—Las amistades maduran contra viento y marea...

UI.—*(Poniéndole la mano en el hombro)*. Me gustan las mujeres que comprenden lo que sea.

(Aparecen GIVOLÀ y DULLFEET, que está blanco como la pared. Ve la mano en el hombro de su mujer).

DULLFEET.—Betty, nos vamos.

UI.—*(Yendo hacia él con la mano tendida)*. Señor Dullfeet, su decisión

Le honra. Redundará en el bienestar de Cícero.

Que hombres como nosotros dos se hayan

Encontrado, sólo puede resultar provechoso.

GIVOLÀ.—*(Ofreciendo flores a BETTY)*. ¡La belleza para la belleza!

BETTY.—¡Qué maravilla, Ignatius!

Estoy muy contenta. ¡Hasta pronto, señor UI!

(Salen).

GIVOLÀ.—Echada

Está la suerte.

UI.—*(Sombrío)*. Ese hombre no me agrada.

(Aparece un letrado).

13

(Detrás de un féretro, que llevan al mausoleo de Cícero mientras doblan las campanas, BETTY DULLFEET, vestida de viuda, CLARK, UI, GIRI y GIVOLÀ, estos últimos con grandes coronas de flores en la mano. UI, GIRI y GIVOLÀ, después de depositar sus coronas, se detienen frente al mausoleo. Desde allí llega LA VOZ DEL PASTOR).

LA VOZ.—Los restos mortales de Ignatius Dullfeet.

Descansan aquí. Ha acabado una vida pobre

En ganancias mas rica en esfuerzos. Esfuerzos

Que mueren con ella, esfuerzos no realizados

En provecho de quien los hizo y ahora

Se ha ido. Cuando Ignatius Dullfeet llegue

A la puerta del cielo, un ángel posará su mano

En sus espaldas raídas, diciendo: este hombre

Ha llevado la carga de muchos. En las sesiones

Del Ayuntamiento de los próximos tiempos,

A menudo se hará el silencio después de hablar

Todos. Y aguardarán que hable, como antes hablaba,

Ignatius Dullfeet. Tan acostumbrados estaban

Sus conciudadanos a escucharlo. Es como si hubiera

Muerto la conciencia de la ciudad. Porque se ha ido,

En mal momento, un hombre que a ciegas podía seguir

El camino recto y se sabía de memoria el Derecho.

Aquel hombre, pequeño de cuerpo mas grande de alma,

Hizo de su periódico tribuna desde la que

Su voz clara podía escucharse muy lejos,

Más allá de los límites de esta ciudad.

¡Descansa en paz, Ignatius Dullfeet! Amén.

GIVOLÀ.—Un hombre discreto: ¡no ha dicho cómo murió!

GIRI.—*(Con el sombrero de DULLFEET puesto)*. ¿Discreto? ¡Es un hombre con siete hijos!

(Salen del mausoleo CLARK y MULBERRY).

CLARK.—¡Maldita sea! ¿Hacéis guardia aquí también

Para que la verdad no salga del ataúd?

GIVOLÀ.—Querido Clark,

¿Por qué tan brusco? Este lugar en que se encuentra

Debiera suavizarlo. Y además el jefe no está hoy

De buen humor precisamente. No le gusta este lugar.

MULBERRY.—¡Asesinos! ¡Dullfeet cumplió su palabra

Y lo calló todo!

GIVOLÀ.—Con callar no basta.

Necesitamos gente que no sólo esté dispuesta

A callar, sino también a hablar

Por nosotros, ¡y en voz muy alta!

MULBERRY.—¿Que podía él decir

Sino que erais asesinos?

GIVOLÀ.—Tenía que desaparecer.

Porque ese Dullfeet insignificante era el poro

Por el que sudaban su miedo los verduleros.

Algo casi imposible de soportar.

¡Cómo olía ese sudor a miedo!

GIRI.—¿Y vuestra coliflor?

¿Queréis que llegue a Cícero o no queréis?

MULBERRY.—¡No a costa de asesinatos!

GIRI.—¿Y cómo si no?

¿Quién se come el ternero que matamos, eh?

Eso está bien: ¡pedir la carne a gritos e insultar

Al cocinero que utiliza el cuchillo!

¡De vosotros esperamos besitos y no insultos!

¡Y ahora idos a casa!

MULBERRY.—¡En mala hora, Clark

Nos trajiste a esta gente!

CLARK.—¿A quién se lo dices?

(Los dos salen taciturnos).

GIRI.—¡Jefe, no dejes que esa chusma te amargue
El funeral!

GIVOLÀ.—¡Silencio! ¡Llega Betty!

(Sale del mausoleo BETTY DULLFEET, apoyada en una mujer. UI va a su encuentro. Del mausoleo viene música de órgano).

UI.—Señora Dullfeet, ¡mi sentido pésame!

(Ella pasa por su lado sin decir palabra).

GIRI.—*(Ruge).* ¡Eh! ¡Un momento!

(Ella se detiene y se vuelve. Puede verse que está blanca como la pared).

UI.—¡Le he dado mi sentido pésame, señora Dullfeet!

Él, Dios lo tenga en su gloria, ya no está.

Pero la coliflor sigue ahí. Puede

Que no la vea, con la mirada empañada todavía

Por las lágrimas. Pero este hecho trágico

No debe hacerla olvidar que se dispara a traición

Sobre pacíficos camiones de verduras.

El petróleo, vertido por manos desalmadas,

Pudre las hortalizas que son tan necesarias.

Yo estoy aquí, con mi gente, y ofrecemos

Protección. ¿Qué me responde?

BETTY.—*(Mirando al cielo).* ¡Me dice

Eso cuando Dullfeet no es aún cenizas!

UI.—Sólo

Puedo lamentar y deplorar lo que ocurrió:

Ese hombre asesinado por mano criminal

Era mi amigo.

BETTY.—Así es. Y la mano que lo mató

Fue la misma mano que estrechó la suya.

¡Su mano, señor UI!

UI.—Ésas son otra vez habladurías,

Calumnias habituales y difamaciones

que estrangulan en la cuna mis propósitos

Mejores de vivir en paz con el vecino.

¡No quieren comprender lo que yo digo!

¡No confían aunque yo confíe!

¡Llaman malignas amenazas mis propuestas!

¡Y rechazan la mano que les tiendo!

BETTY.—¡Que tiende para matar mejor!

UI.—¡No!

¡Me escupen cuando trato de atraer!

BETTY.—¡Lo mismo que la serpiente al pajarillo!

UI.—¡Ya oís! ¡Así es como me tratan! ¡Así tomó también

Dullfeet mi oferta, muy sincera,

De amistad, por frío cálculo

Y mi generosidad por flaqueza! ¡Qué lástima!

Con mis cordiales palabras, ¿que obtuve?

¡Un silencio frío! La respuesta fue el silencio

Cuando esperaba una alegre comprensión.

¡Y cuánto había esperado de mis continuos ruegos,

Ya casi humillantes de amistad

O incluso sólo de simple comprensión,

Descubrir un signo de calor humano!

¡Pero esperé en balde! ¡Sólo recibí un desprecio

Feroz! Hasta la promesa de silencio

Que se me hizo, Dios lo sabe, muy a desgana,

¡Fue rota en la primera ocasión! ¿Dónde está,

Ese silencio insistentemente prometido?

¡Otra vez se esparcen a los cuatro vientos

Cuentos de horror! Pero os lo advierto.

¡No vayáis demasiado lejos, confiando

En mi paciencia proverbial!

BETTY.—No encuentro palabras.

UI.—Nunca se encuentran cuando no habla el corazón.

BETTY.—¿Llama corazón a lo que lo hace hablar?

UI.—Yo hablo tal como lo siento.

BETTY.—¿Se puede sentir

Como usted habla? Sí, ¡lo creo! ¡Lo creo!
 ¡Los crímenes le salen del alma! ¡Usted siente sus crímenes
 Como otros sus buenas acciones!
 ¡Cree en la traición como otros creemos en la lealtad!
 ¡Es usted inmovible en la inconstancia!
 ¡Ningún impulso noble lo corrompe!
 ¡Animoso en la mentira! ¡Honrado en el engaño!
 ¡La brutalidad lo enciende! ¡Le entusiasma
 Ver la sangre! ¿La violencia? ¡La respira!
 Cualquier acción infame lo conmueve
 Hasta las lágrimas. ¡Y cualquier acto noble
 Lo llena de odio y de venganza!

UI.—Señora Dullfeet, por principio, escucho
 Con gran calma al adversario. Aunque me insulte.
 Sé que en sus círculos no me quieren
 Precisamente. Me reprochan mis orígenes
 —Humilde hijo del Bronx— y contra mí
 Se esgrimen. «Ese hombre —dicen— no sabe siquiera
 Usar el tenedor debido para el postre.
 ¡Cómo ha de valer para los grandes negocios!
 Quizá, cuando se hable de tarifas
 O de otros asuntos financieros, de los que
 Normalmente se trata, ¡echará mano al cuchillo!
 No es posible. Ese hombre no nos sirve».
 Aprovechan mi tono franco, mi manera viril
 De llamar las cosas por su nombre
 Para tenderme acechanzas. Y así tengo en contra
 Los prejuicios y he de limitarme
 A contar con los escasos méritos
 Que haya podido lograr. Señora Dullfeet
 Usted está en el comercio de la coliflor.
 Y yo también. Ése es el puente que nos une.

BETTY.—¡El puente! ¡Y el abismo entre los dos
 Que ese puente ha de salvar es un crimen sangriento!

UI.—Una experiencia amarga me ha enseñado
 A no hablar de ser humano a ser humano sino
 De hombre influyente a propietaria
 De una empresa de importación. Y yo le pregunto:
 ¿Qué pasa con la coliflor? La vida
 Sigue, aunque la desgracia nos aflija.

BETTY.—Sí, la vida sigue, y... ¡quiero aprovecharla
 Para decir al mundo cómo es la peste que lo azota!
 Yo juro por mi muerto odiar mi voz
 Si en el futuro dice «buenos días»

O «vamos a comer» en lugar de decir sólo:
 «¡Exterminad a Ui!».

GIRI.—(Amenazante). ¡No grites tanto, nena!
 UI.—Estamos entre tumbas. Sería prematuro
 Expresar más tiernos sentimientos. Hablemos
 De negocios, que no saben de muertos.

BETTY.—¡Ay, Dullfeet!
 ¡Sólo ahora comprendo que no existes!

UI.—Así es.
 Piense que Dullfeet no existe ya.
 Y con él faltará en Cícero la voz
 Que se alzaba contra crímenes, terrores y violencia.
 ¡Nunca podrá llorar usted lo suficiente
 Esa gran pérdida! Se encuentra desvalida
 En este mundo frío en el que, por desgracia,
 ¡El débil siempre pierde! Y su única
 Y última protección soy yo.

BETTY.—¿Y eso le dice a la viuda
 Del hombre que asesinó? ¡Es usted un monstruo!
 Sabía que vendría aquí, porque siempre
 Aparece en el lugar del crimen
 Para inculpar también a los demás.
 «¡No he sido yo sino los otros!», «¡No sé nada!»,
 «¡Soy yo el perjudicado!», grita el que perjudica.
 «¡Un crimen! ¡Hay que vengarlo!», grita el crimen.

UI.—Mi plan es de hierro: protección para Cícero.

BETTY.—(Débilmente). ¡No lo logrará!

UI.—Muy pronto. De un modo u otro.

BETTY.—¡Dios nos proteja de los protectores!

UI.—Entonces,

¿Cuál es su respuesta? (Le tiende la mano). ¿Amistad?

BETTY.—¡Nunca! ¡Nunca! ¡Jamás!

(Sale temblando. Aparece un letrero).

14

(Dormitorio de Ui en el Hotel Mammoth. Ui se revuelve en la
 cama, en medio de una pesadilla. Sentados en sillas, con las pistolas
 en el regazo, sus GUARDAESPALDAS).

UI.—(En sueños). ¡Atrás, sombra sangrienta! ¡Piedad! ¡Vete!

(La pared que hay detrás de él se vuelve transparente. Aparece el fantasma de ERNESTO ROMA, con un agujero de bala en la frente).

ROMA.—Y todo esto no servirá de nada. Todas estas Matanzas, asesinatos, amenazas y salivazos. Todo será en vano, Arturo. Porque la raíz De tus crímenes está podrida. Y no florecerá. La traición es mal abono. ¡Degüella, miente! Engaña a Clark y asesina a los Dullfeet... ¡Pero detente ante los tuyos! ¡Conspira contra El mundo, pero respeta a los conspiradores! ¡Aplástalo todo con tus pies, desgraciado, Pero no tus propios pies! ¡Miente a todos a la cara, pero no esperes Mentir a tu propia cara en el espejo! Te heriste a ti cuando me heriste, Arturo... Yo te era afecto, cuando tú eras sólo Una sombra en una cervecería. Ahora estoy en esta desolada eternidad Y tú te sientas a la mesa de los grandes señores. La traición te encumbró y la traición te hundirá También. Igual que me traicionaste a mí, Amigo y lugarteniente, traicionarás a todos. Y de la misma forma, Arturo, todos Te traicionarán a ti. La verde tierra cubre A Ernesto Roma, mas no tu deslealtad. Esa flota en el viento entre las tumbas Visible para todos, también los sepultureros. El día llegará en que todos los que Tú mataste se alzarán, y se levantarán también Los que no has matado aún. Y marcharán Contra ti, Arturo, un mundo sangrante, Pero cargado de odio, en el que estarás solo Buscando ayuda a tu alrededor. Porque, sábelo: Así estuve también. ¡Así estuve también! ¡Entonces, ruega y amenaza, maldice y promete! ¡Nadie te escuchará! Como nadie me escuchó. U1.—(Encolerizado). ¡Disparad! ¡Allí! ¡Traidor! ¡Qué horrible!

(LOS GUARDAESPALDAS disparan contra el lugar de pared señalado por U1).

ROMA.—(Desvaneciéndose). ¡Disparad! Lo que queda de mí es a prueba de bala.

15

(En el barrio comercial. Asamblea de LOS VERDULEROS DE CHICAGO. Están blancos como la pared).

PRIMER VERDULERO.—¡Crímenes! ¡Chantajes! ¡Matanzas! ¡Robos!
SEGUNDO VERDULERO.—Y, lo que es peor: ¡Tolerancia! ¡Sumisión! ¡Cobardía!
PRIMER VERDULERO.—¡Tolerancia! Cuando entraron los dos primeros En mi tienda, en enero, con un ¡manos arriba! Yo los miré fríamente, de arriba abajo, Y dije muy tranquilo: señores, ¡cedo sólo A la violencia! Les hice comprender claramente Que no tenía nada que discutir con ellos Y que no aprobaba en modo alguno su conducta. Fui con ellos glacial. Una mirada me bastó Para decirles: está bien, ahí tenéis la caja, ¡Pero sólo porque vais armados!
CUARTO VERDULERO.—¡Exacto! Yo Me lavo las manos! De la forma más completa, Le dije a mi mujer.
PRIMER VERDULERO.—(Con vehemencia). ¿Quién dice cobardía? Es pura sensatez. Si se estaba uno quieto Y, rechinando los dientes, pagaba, cabía esperar Que todos esos monstruos terminarían alguna vez Con sus atracos. ¡Pero de eso nada! ¡Crímenes! ¡Chantajes! ¡Matanzas! Robos!
SEGUNDO VERDULERO.—Quizá sólo nos pase a nosotros. ¡Nos faltan agallas!
QUINTO VERDULERO.—¡Lo que nos faltan son pistolas! Yo vendo coliflores, No soy un gángster.
TERCER VERDULERO.—Mi única esperanza Es que ese perro encuentre alguna vez Quien le enseñe los dientes. ¡Que ensaye En otra parte esa clase de juegos!
CUARTO VERDULERO.—¡Por ejemplo en Cícero!

(Entran LOS VERDULEROS DE CÍCERO. Están blancos como la pared).

LOS DE CÍCERO.—¡Hola Chicago!
LOS DE CHICAGO.—¡Hola Cícero! ¿Qué os trae por aquí?
LOS DE CÍCERO.—Nos han Convocado aquí.
LOS DE CHICAGO.—¿Quién?

LOS DE CÍCERO.—Él.

PRIMERO DE CHICAGO.—¿Cómo puede él

Convocaros? ¿Cómo puede ordenaros absolutamente nada?

¿Cómo puede mandar en Cícero?

PRIMERO DE CÍCERO.—Con la pistola.

SEGUNDO DE CÍCERO.—Cedemos ante la violencia.

PRIMERO DE CHICAGO.—¡Maldita cobardía!

¿Es que no sois hombres? ¿No hay en Cícero

Jueces?

PRIMERO DE CÍCERO.—No.

TERCERO DE CÍCERO.—Ya no.

TERCERO DE CHICAGO.—Escuchad: ¡tenéis que

Defenderos, amigos! ¡Hay que detener

A esa peste negra! ¿Habrá que dejar

Que esa plaga devore al país entero?

PRIMERO DE CHICAGO.—¡Primero una ciudad y luego otra! ¡Vuestro deber

Con el país es luchar a cuchilladas si es preciso!

SEGUNDO DE CÍCERO.—¿Por qué nosotros precisamente? Nosotros

Nos lavamos las manos.

CUARTO DE CHICAGO.—Y nosotros confiamos

En que ese perro, Dios lo quiera, encuentre a alguien

Que le enseñe los dientes.

(Entran con charanga ARTURO UI y (de luto) BETTY DULLFEET, seguidos de CLARK, GIRI, GIVOLÀ y GUARDAESPALDAS. Todos abren calle a UI, que se adelanta. LOS GUARDAESPALDAS se sitúan al fondo).

GIRI.—¡Hola chicos!

¿Están todos los de Cícero?

PRIMERO DE CÍCERO.—Sí.

GIRI.—¿Y los de Chicago?

PRIMERO DE CHICAGO.—Todos.

GIRI.—(A UI). Están todos.

GIVOLÀ.—¡Bienvenidos, señores verduleros! El Trust

De la Coliflor los saluda cordialmente. (A CLARK). Señor Clark...

CLARK.—Tengo una noticia que comunicarles.

Tras negociaciones de semanas, no siempre

Sencillas —estoy revelando secretos—

La mayorista local Betty Dullfeet

Se ha unido al Trust de la Coliflor. Así

Que, en el futuro, recibirán sus verduras

Del Trust. Las ventajas

Son evidentes: mayor seguridad

En las entregas. Los precios, levemente

Aumentados, han sido fijados ya. Señora,

Quisiera estrechar su mano como nuevo

Miembro del Trust.

(CLARK y BETTY DULLFEET se dan la mano).

GIVOLÀ.—Va a hablar Arturo Ui.

(UI se acerca al micrófono).

UI.—¡Hombres de Cícero y Chicago! ¡Amigos!

¡Ciudadanos! Cuando el viejo Dogsborough,

Un hombre honorable a quien Dios tenga en su gloria,

Me pidió hace un año, con lágrimas en los ojos,

Que protegiera el comercio de verduras de Chicago,

Me sentí, aunque conmovido, algo dudoso

De poder merecer tal confianza.

Mas Dogsborough ha muerto. Su testamento

Puede ser leído por cualquiera. Con palabras

Sencillas me llama allí hijo suyo. Y me agradece,

Emocionado, todo lo que hice

Desde el día en que seguí su llamamiento.

La venta de verduras, sea coliflor,

Ajos, cebollas o qué sé yo, está hoy

En Chicago perfectamente protegida.

Puedo decir incluso que gracias a una acción resuelta

Por mi parte. Cuando luego, inesperadamente,

Otro hombre, Ignatius Dullfeet, me hizo

La misma propuesta para Cícero,

No me negué tampoco a extender mi protección

A esa ciudad. Pero, inmediatamente, puse una

Condición: ¡que fuera a solicitud

De los comerciantes! Yo debía ser llamado

Por decisión espontánea. Y a mis muchachos

Les advertí: ¡nada de coaccionar a Cícero!

¡La ciudad es plenamente libre de elegirme!

No quiero un «bueno» malhumorado, ni un «sí» a regañadientes.

La adhesión a medias me repugna.

¡Lo que yo pido es un «¡sí!» alegre,

Hombres de Cícero, breve y expresivo.

Y porque quiero eso, y quiero lo que quiero

Por completo, os hago ahora de nuevo la pregunta,

Hombres de Chicago, que me conocéis mejor

Y, como he de suponer, me apreciáis también.

¿Quién está conmigo? Y, aunque sea de pasada
 Quiero decir que quien no está conmigo
 Está contra mí⁴ y sólo podrá culparse a sí mismo
 De las consecuencias de su actitud.
 ¡Y ahora podéis votar!

GIVOLA.—Pero, antes de votar,

¡Escuchad aún a la señora Dullfeet, que todos
 Conocéis, viuda de un hombre al que queráis todos!

BETTY.—¡Amigos! Como vuestro amigo,
 Mi querido esposo Ignatius Dullfeet, ya
 No se encuentra entre nosotros...

GIRI.—¡Descanse en paz!

BETTY.—Y no puede prestaros su apoyo, os aconsejo
 Que pongáis vuestra confianza en el señor Ui
 Como hago yo misma, desde que en estos tiempos
 Para mí tan difíciles, he aprendido a conocerlo
 Mucho mejor.

GIVOLA.—¡Votación!

GIRI.—Quien esté por Arturo Ui:
 ¡Manos arriba!

(Algunos levantan la mano inmediatamente).

UNO DE CÍCERO.—¿Se puede uno marchar también?

GIVOLA.—Cada uno es libre de hacer lo que quiera.

*(EL DE CÍCERO sale titubeando. DOS GUARDAESPALDAS lo siguen.
 Se oye un disparo).*

GIRI.—¡Y ahora vosotros! ¿Cuál es vuestra libre decisión?

(Todos levantan las manos, las dos).

GIVOLA.—La elección ha terminado, jefe. Los verduleros de Cícero
 Y de Chicago te agradecen totalmente conmovidos
 Y trémulos de alegría tu protección.

UI.—Acepto vuestro agradecimiento con orgullo.
 Cuando hace ya quince años, como simple
 Hijo del Bronx y sin trabajo, siguiendo
 La llamada de la Providencia, vine con siete
 Hombres fieles sólo, a abrirme camino
 En Chicago, fue mi firme voluntad
 Lograr la paz para el comercio de verduras.
 Éramos entonces un pequeño grupo que,

Sencilla pero exaltadamente, deseábamos la paz.
 Ahora somos muchos. Y la paz en el comercio
 De verduras de Chicago no es ya un sueño
 Sino una realidad. Y para asegurar
 Esa paz, he dispuesto hoy mismo
 Comprar de inmediato nuevas ametralladoras
 Y autos blindados, y naturalmente todo
 Lo que haga falta de pistolas, porras
 Y demás, porque ahora piden protección
 No sólo Cícero y Chicago sino también
 Otras ciudades: ¡Milwaukee y Washington!
 ¡Detroit! ¡Toledo! ¡Pittsburg! ¡Cincinnati!
 Dondequiera que hay verdulerías. ¡Flint! ¡Boston!
 ¡Filadelfia! ¡Baltimore! ¡St. Louis! ¡Little Rock!
 ¡Minneapolis! ¡Columbus! ¡Charleston! ¡Y Nueva York!
 ¡Todas quieren protección! ¡Y ningún «¡esto no es así!»,
 Ningún «¡esto no es decente!» podrá detener a Ui!

*(Cae el telón entre tambores y charanga.
 Aparece un letrado).*

EPÍLOGO

Habéis ahora aprendido que una cosa es ver
 Y otra mirar, una hacer y otra hablar por hablar.
 ¡Recordad que ese Ui estuvo a punto de vencer
 Y que los pueblos lo pudieron derrotar!
 Pero que nadie cante victoria sin saber
 ¡Que el vientre en que nació aún puede engendrar!

CUADRO CRONOLÓGICO

1. 1929-1932. La crisis mundial afecta a Alemania muy especialmente. En el momento más agudo de la crisis, los *junkers* prusianos tratan de conseguir préstamos del Estado, aunque durante mucho tiempo sin éxito. Los magnates de la industria pesada del Rin sueñan con la expansión.
2. Para interesar a Hindenburg, Presidente del Reich, por las dificultades de los terratenientes, los *junkers* le regalan una finca.
3. En el otoño de 1932, el Partido y la milicia privada de Adolf Hitler están al borde de la bancarrota y amenazados de disolución. Desesperado, Hitler se esfuerza por llegar al poder, pero durante mucho tiempo no consigue ser recibido por Hindenburg.
4. En enero de 1933, Hindenburg hace a Hitler Canciller del Reich, a cambio de su promesa de evitar que se descubra el inminente escándalo de la ayuda al Este, en el que el propio Presidente del Reich está mezclado.
5. Hitler, después de llegar al poder por medios legales, sorprende a su alto bienhechor con medidas violentas, pero cumple sus promesas.
6. El jefe de banda se transforma en hombre de Estado. Se dice que recibe clases de declamación y gesticulación de Basil, un actor de provincias.
7. En febrero de 1933 se incendia el edificio del Reichstag. Hitler acusa del incendio a sus adversarios y da la señal para la «Noche de los cuchillos largos».
8. En un gran proceso, el Tribunal del Reich condena a muerte por el incendio, en Leipzig, a un desocupado. Los verdaderos incendiarios quedan libres. Desde ese momento, la justicia alemana trabaja para Hitler.
- 9 y 10. La muerte inminente del viejo Hindenburg desencadena luchas enconadas en el campo nazi. Los *junkers* y los industriales insisten en la necesidad de eliminar a Ernst Röhm. La ocupación de Austria está decidida.
11. En la noche del 30 de junio de 1934, Hitler asesina a su amigo Ribhm en un hotel, en donde éste lo esperaba para dar un golpe de Estado contra Hindenburg y Göring.

12. Coaccionado, Engelbert Dollfuss, Canciller de Austria, acepta poner fin a los ataques contra Hitler en la prensa austríaca.
13. Hitler hace asesinar a Dollfuss, pero continúa sus negociaciones con los círculos de derechas austríacos.
14. La invasión de Austria encabeza otras invasiones en Europa. Le siguen Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Rumanía, etc.

INDICACIONES PARA LA REPRESENTACIÓN⁵

Para que los acontecimientos conserven la significación que, por desgracia, tienen, la obra debe representarse a lo grande, preferiblemente con claras reminiscencias del drama histórico isabelino, por ejemplo, con telones y estrados. Así, se puede actuar ante telones de arpillera blanqueados y salpicados con colores sangre de buey. También pueden utilizarse ocasionalmente foros pintados panorámicos, y los efectos de órgano, trompetas y tambores son igualmente admisibles. Se deben utilizar máscaras, tonos y gestos prototípicos, pero evitando la pura parodia, y lo cómico debe ir acompañado de lo horrible. Es necesaria la representación plástica, al ritmo más rápido posible, de los distintos retratos de grupo, al estilo de las historias de feria.

PRÓLOGO [2]

Respetable público, les presentamos
 —¿Por qué no arman jaleo? ¡Vamos, vamos!
 —¡Y siéntese de una vez, señorita!
 Una historia de gánsteres nunca escrita.
 Así conocerán, por vez primera,
 ¡DE LOS MUELLES LA HISTORIA VERDADERA!
 Sabrán también, si prestan atención,
 ¡QUÉ FUE DE UN TESTAMENTO Y CONFESIÓN!
 ¡LA ASCENSIÓN DE ARTURO UI, MIENTRAS TODO BAJABA!
 ¡EL JUICIO DEL INCENDIO, EN EL QUE NADA ENCAJABA!
 ¡LA MUERTE DE DULLFEET! ¡LA JUSTICIA QUE ENTRA EN COMA!
 ¡LOS GÁNSTERES EN SU SALSA Y EL FIN DE ERNESTO ROMA!
 Y para concluir, la última maldad:
 ¡LOS GÁNSTERES QUE DOMINAN LA CIUDAD!
 Aquí verán, muy bien representados,
 Los gánsteres más famosos, los más acreditados.
 Todos los finados,
 Ahorcados y asesinados
 Modelos de nuestra juventud,
 Un poco deteriorados, pero aún sin ataúd.
 Respetable público, la Dirección sabe muy bien
 Que hay asuntos delicados, más de cien,
 Que una parte del público contribuyente
 No quisiera recordar constantemente.
 Por eso nuestra elección final ha recaído
 En la historia de un hombre, poco conocido,
 En una ciudad que está de aquí bastante lejos,
 Una historia que no nos debe dar complejos.
 Así estarán seguros de que algún cuñado
 O padre, que pudiera parecer representado,
 No hará en el escenario, en carne y hueso,
 Nada que pueda ser considerado como exceso.
 Recuéstense señores, hagan memoria,
 ¡Y disfruten con los gánsteres de esta historia!

LAS VISIONES DE SIMONE MACHARD

(Die Gesichte der Simone Machard)

PARÁBOLA ESCÉNICA

Esta pieza surgió en colaboración con Lion FEUCHTWANGER